

# El papel del oficial de prensa en el Bando Nacional: Gonzalo de Aguilera Munro

## *Press Officer role in the National Side: Gonzalo de Aguilera Munro*

Luis ARIAS GONZÁLEZ

*Doctor en Historia Contemporánea, investigador*

### **Resumen:**

La información de los medios de comunicación y los periodistas extranjeros desplazados a España durante la Guerra Civil, estuvo sometida -en ambos bandos- a diversos mecanismos y grados de control y censura, según las circunstancias y el propio curso de la contienda. En el bando nacional, este aspecto, por razones evidentes propias de su naturaleza, siguió pautas de orden fundamentalmente militar o paramilitar, en el que la figura del oficial de prensa ocupó un puesto clave como enlace entre los corresponsales y las autoridades de Burgos y Salamanca, como vigilante dotado de poderes absolutos y como correa de transmisión de las consignas y campañas propagandísticas. El artículo analiza su importancia a través de la actuación de uno de sus más conocidos y polémicos integrantes, el conde de Alba de Yeltes, procurando distinguir el mito construido por él mismo y por muchos de los que le conocieron y la realidad del personaje.

**Palabras clave:** Guerra Civil; Bando nacional; Medios de comunicación; Periodistas extranjeros; Oficial de prensa; Censura; Conde de Alba de Yeltes.

### **Abstract:**

The information offered by mass media and the foreign journalists displaced to Spain during the Civil war, was submitted -in both sides- to diverse mechanisms and degrees of control and censorship, according to the circumstances and the own course of the War. In the Francoist camp, this aspect, for evident own reasons of his nature, followed guidelines of fundamentally military or paramilitary order, in which the figure of the press officer occupied a key position as a link between the foreign correspondents and the authorities of Burgos and Salamanca, as a watchman provided with absolute power and as well a source of the slogans and propaganda campaigns. The article analyzes his importance across the action of one of his more acquaintances and polemic members, the, trying to distinguish the myth constructed by himself and for many of that they knew him and the reality of the character.

**Key words:** Civil War; Francoist side; Mass media; War correspondents; Press officer; Censorship; Count of Alba de Yeltes.

## **Introducción**

La Guerra Civil Española sirvió, como tantas veces se ha dicho, de campo de pruebas para multitud de armas y tácticas bélicas que se aplicarían posteriormente a una mayor escala. Entre este conjunto de experimentos estuvo, sin duda, el uso de la información periodística enfocada tanto para el consumo interior como para la difusión en el extranjero; siendo así un sistema más de adoctrinamiento y de propaganda concebido con la doble finalidad de levantar la moral de las tropas y de los civi-

les, en el llamado frente exterior y la de procurarse el apoyo de los gobiernos extranjeros a través de sus influyentes opiniones públicas convenientemente agitadas por los *mass-media* dentro de un proceso imparable que hizo exclamar al embajador americano, Claude G. Bowers: “Nueve de cada diez reportajes de prensa son falsos. Nunca he presenciado, ni siquiera durante la Gran Guerra, una propaganda tan contumaz y estridente”<sup>1</sup>. Los dos contendientes aplicaron, con mayor o menor eficacia según el momento y las circunstancias por las que transcurrió el conflicto, sus respectivos aparatos de agitación, propaganda y control de la información con su correspondiente acompañamiento de censura, intoxicación de noticias, creación de bulos y mitos populares o manipulación y control de la información, creando las bases de un sistema de información bélica que luego se desarrollaría de manera masiva en los conflictos que han tenido lugar en el mundo contemporáneo desde entonces hasta, por lo menos, el punto de inflexión que supuso en su día la televisiva guerra del Vietnam<sup>2</sup>. Pero volviendo al momento de nuestra Guerra Civil y a lo que se podría denominarse específicamente la “Guerra en papel”<sup>3</sup>, hay que destacar un asunto específico como es el referente al trato y a las complejas relaciones que tanto los gobiernos de Valencia como el de Burgos entablaron con la multitud de corresponsales extranjeros que se acercaron hasta aquí, así como la respuesta recíproca dada por su parte. Este millar de periodistas<sup>4</sup>, atraídos en masa al principio por un conflicto de apariencia arcaizante y resabios románticos, acabarían asistiendo en directo al enfrentamiento entre dos bloques y dos ideologías antagónicas de alcance supranacional que volcaron aquí, anticipadamente, buena parte de sus arsenales tanto del armamento convencional como del no convencional, apartado éste en el que debemos encuadrar el manejo de la información y el de los propios informadores. Como se sabe, la República optó, inteligentemente y con muy buenos resultados, por permitir, al menos hasta la batalla del Jarama, una amplia libertad de movimientos a

<sup>1</sup> Carta a Roosevelt, 26 de agosto de 1936 (citado por REY GARCÍA, Marta, *Stars for Spain. La Guerra civil española en los Estados Unidos*, A Coruña, 1997, p. 192).

<sup>2</sup> Vid. REDONDO, Myriam, *El periodista internacional. Nuevas rutinas, nuevas fuentes digitales*, Madrid, 2006, RICHTER, Rosemary, *El control de la información*, Madrid, 1982 y los certeros análisis de PIZARROSO QUINTERO, Alejandro, *Historia de la Propaganda. Notas para un estudio de la propaganda política y de guerra*, Madrid, 1993, luego aumentados en PIZARROSO QUINTERO, Alejandro; SAPAG, Pablo y GONZALEZ, Marta, *Periodismo de guerra*, Madrid, 2007.

<sup>3</sup> GRANDELA DURÁN, José Manuel, *Balas de papel. Anecdotario de propaganda subversiva en la Guerra Civil Española*, Barcelona, 2002.

<sup>4</sup> Entre la multitud de obras sobre el tema, pueden señalarse desde el estudio pionero de ALTABELLA HERNÁNDEZ, José, *Corresponsales de Guerra. Su historia y su actuación. De Jenofonte a Knickerbocker, pasando por Peris Mencheta*, Madrid, 1945; o MARICHAL, Juan, *Periodismo y periodistas en la Guerra Civil*, Madrid, 1987, hasta los más recientes de GARCÍA SANTA CECILIA, Carlos, *Corresponsales en la Guerra de España*, Madrid, 2007; y de PRESTON, Paul, *We Saw Spain Die: Foreign correspondents in the Spanish Civil War*, Londres, 2008 (traducción española: *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Madrid, 2008) y MORENO CANTANO, César, *Los servicios de Prensa extranjera en el primer franquismo (1936-1945)*, Universidad de Alcalá de Henares, 2008, tesis doctoral inédita.

los periodistas foráneos, procurando convertirlos -sí es que no lo estaban ya- en simpatizantes y altavoces de su causa, aplicando una cuidada política de sintonía personal en frentes y retaguardia en forma de atenciones, homenajes, etc., así como una acertada explotación condenatoria y propagandística de la actuación bélica enemiga, enfocada en sus aspectos más bárbaros y crueles como muestran la cobertura y el amplio eco informativo que alcanzó el bombardeo de Guernica. El bando Nacional optó, sin embargo, por imponer una estrecha férula a los corresponsales foráneos sometiéndoles a un rígido sistema de control basado, fundamentalmente, en las experiencias previas que, en torno a este asunto, tuvieron lugar durante la fase última de la guerra de África, tras el desastre de Annual en el verano de 1921<sup>5</sup>. La militarización burocratizada de la información había comenzado a aplicarse de una manera sistemática en la Gran Guerra y todas estas enseñanzas se transmitieron a los oficiales y jefes españoles enviados en su día como observadores o como agregados de embajada, pasando así a ser la doctrina oficial impartida en la Escuela Superior de Guerra, del Estado Mayor<sup>6</sup>, si bien su materialización chocaría con la morosidad temporal y las limitaciones habituales con que se adoptaron en nuestro ejército todas estas ‘lecciones aprendidas’ de la Guerra Mundial.

Dentro de lo que fue el criterio seguido por los sublevados en torno a la información, desde un primer momento se ejerció el control directo sobre todos los informadores, nacionales y foráneos; en esta línea, la aparición de la figura del “oficial de prensa” -el O.P.- como enlace y correa de transmisión entre el embrión del Estado que se iba improvisando a toda prisa y los comunicadores extranjeros, resultaría ser uno de los hechos claves junto a la progresiva creación en paralelo de toda una -cada vez más eficaz- estructura propagandística que perviviría mucho tiempo después de acabada la Guerra Civil, siendo éste un proceso sobradamente conocido en la historiografía<sup>7</sup>. Abordar la aproximación a la figura histórica del oficial de prensa, conlleva también la aproximación a otros muchos e interesantes aspectos

<sup>5</sup> Vid. DESVOIS, Jean-Michel, “La prensa frente al desastre de Marruecos, de Annual a Monte Aruit, 23 de julio a 13 de agosto de 1921”, en *Metodología de la Historia de la prensa española*, Madrid, 1982, pp. 233-244; y SCHULZE SCHNEIDER, Ingrid, *La prensa político-militar en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, 2004. Sobre la actuación en concreto de la censura militar de prensa y el control de los corresponsales por parte del entonces comandante de Estado Mayor Beigbeder tras el desastre de Annual; vid. ARIAS GONZÁLEZ, Luis, *Adeflor en la Guerra de África (1921)*, Gijón, 2008, p. 10; también HALSTEAD, Charles R., “Un ‘Africain’ méconnu: le Colonel Juan Beigbeder”, *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, 83 (1971), pp. 31-60.

<sup>6</sup> La nueva sede de la Escuela de Estado Mayor -Escuela Superior de Guerra- sita en Santa Cruz del Marcenado 25, fue inaugurada en 1920 y sustituía al antiguo caserón de los Salvajes; en ella se impartieron cursos de Estado Mayor y de formación de coroneles para el generalato con las doctrinas emanadas de la Gran Guerra. Vid. RUIZ VIDONDO, Jesús, “la visión de la Gran Guerra en los cursos de coroneles” y APARICIO BASAURI, Alfonso, “La influencia de la primera guerra mundial en la transformación del ejército español”, *Arbil*, 118 (<http://www.arbil.org/revista.html>)

<sup>7</sup> Vid., por citar algunos, SEVILLANO CALERO, Francisco, “Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del *Nuevo Estado*”, *Pasado y Memoria*, 1 (2002), pp. 5-77; y NUÑEZ DEL PRADO, Sara, *Servicios de información y propaganda en la guerra civil española. 1936-1939*, Madrid, 1992.

que el propio cargo llevaba implícitos y que, al menos, se esbozarán en este artículo. Así, el O.P. fue un reflejo y un creador a la vez de la ideología dominante del bando nacional con esa extraña mezcla, nunca bien definida del todo, entre su consideración militar y su consideración civil. Aunque su número fuera infinitamente menor -apenas unas decenas- si se le compara con el de los alféreces provisionales -casi 30.000-, constituyó de manera similar al de los estampillados con la estrella de seis puntas todo un grupo cohesionado en origen -dominio de idiomas, extracción social mayoritaria elitista, antecedentes familiares foráneos, años de residencia en otros lugares, nivel educativo...- y muy identificado con los principios del Alzamiento. Como también sucedió con los provisionales, de este colectivo saldrían con posterioridad bastantes cuadros intermedios y alguna personalidad señalada del Régimen. No obstante, su campo ideológico de procedencia -había militares profesionales, monárquicos alfonsinos, carlistas, falangistas, cedistas, propagandistas católicos...- nunca llegaría a borrarse del todo a pesar de los intentos homogeneizadores y la estricta sujeción conjunta a las órdenes y consignas superiores que tenían que cumplir a rajatabla. Por otra parte, para los corresponsales extranjeros el oficial de prensa representaba una imagen que era considerada como la plasmación de la “Nueva España”, entre otras cosas porque muchas veces era éste el único intermediario con el que se podía hablar y su principal, cuando no exclusiva, fuente de información sobre la Guerra y el propio país, lo que hizo que, en la mayoría de los casos, se sobrepusiera la parte al todo identificándose la forma de ser y de pensar del O.P. como individuo con la del bando franquista en su conjunto, en una simplificación a todas luces excesiva pero que permea a una buena parte de las apresuradas crónicas periodísticas del momento y a muchas de sus memorias reposadas, especialmente en el ámbito cultural anglosajón<sup>8</sup>, donde los oficiales de prensa se convirtieron en noticias en sí mismos.

Las interrelaciones entre informadores y oficiales de prensa estuvieron siempre colmadas de tirantezas y equívocos varios, incluyendo amenazas, persecuciones, encarcelaciones y deportaciones que fraguaron todo un cúmulo de enemistades y recelos multiplicado exponencialmente en su difusión por el propio carácter testimonial intrínseco al periodismo. Pero también hubo espacio para algunas sinceras y duraderas empatías entre los O.P. y los periodistas. Esto sucedió en el seno de la minoría significativa de enviados especiales extranjeros favorables a Franco y a los valores que representaba, así como entre algunos de los oficiales de prensa que solían ser los más característicos, excéntricos y cosmopolitas. Entre estos últimos, precisamente, tenemos que situar por derecho propio al conde de Alba de Yeltes, Gonzalo de Aguilera Munro, cuya historia personal nos va a servir de marco y de referente tanto por lo que tiene de paradigmático, puesto que fue uno de los pocos que estuvo ocupando dicho cargo de manera ininterrumpida desde los primeros días

<sup>8</sup> GARCÍA, Hugo, *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, 2008.

hasta el 1 de abril de 1939, como por lo que tiene también de caso único y exclusivo en este ámbito. El hecho de que haya sido, sin duda, el más citado y la brutalidad espeluznante de sus palabras, tan repetidas una y otra vez, junto a su estrambótica y peculiar personalidad llamaron la atención en su día del perspicaz profesor Preston que le dedicó, con su maestría habitual, un artículo demoledor. En este trabajo, el conde aparecía como ideólogo y prototipo de los militares involucrados en el 18 de julio<sup>9</sup>, prosiguiendo así con un cliché que fijaron en su día muchos de los que, quizás con toda la razón para ello, le odiaban; pero el personaje —y quienes le rodean— resulta diverso, complejo y contradictorio, lo que abre el abanico para admitir también otras muchas lecturas y multitud de matices dentro de su etapa vital como O.P, a través de la cual intentaremos ver cómo nació este cargo, cómo se institucionalizó y en qué derivó, mediante un itinerario que parte desde la modesta oficina de prensa de la Secretaría personal del Generalísimo en 1936 hasta el bien trabado montaje dirigido por Serrano Suñer de la Secretaría de Prensa y Propaganda del año 1939; pero no se agota aquí su aportación histórica a este tema del control de la información, sino que se complementa con el punto de vista aportado por los testigos extranjeros que le conocieron y que nos transmitieron de primera mano las enormes dificultades, los peligros a los que estuvieron sujetos y los condicionantes que lastraron su labor tanto por las trabas externas impuestas a la misma como por los prejuicios y las ideas preconcebidas de las que difícilmente pudieron zafarse a la hora de enjuiciar un conflicto que los atraparía para siempre, pues como dijo Hanighen: “prácticamente todos los periodistas destacados en España se convirtieron en hombres distintos en algún momento después de haber cruzado los Pirineos”<sup>10</sup>.

## 2. El conde de Alba de Yeltes, oficial de Prensa

### 2.1. Creación, desarrollo y funciones del cargo de Oficial de Prensa

Cuando estalló la Guerra, Gonzalo de Aguilera Munro, estaba próximo a cumplir los cincuenta años, y había puesto fin, acogiéndose a la ley Azaña de 1931, a una carrera militar más bien mediocre<sup>11</sup>, pues sólo había alcanzado el empleo de capitán de caballería y eso a pesar de sus dos estancias en Marruecos. Vivía y ejercía, por entonces, como un aristócrata terrateniente absentista, habiendo cumplido su ansiado sueño de convertirse en una especie de lord inglés trasplantado a España, tras dejar atrás un muy turbulento pasado en el orden familiar y sentimental. Como XI

<sup>9</sup> PRESTON, Paul, “The Answer Lies in the Sewers: Captain Aguilera and the Mentality of the Francoist Officer Corps”, *Historical Recovery*, 68, 3 (2004), pp. 277-312. Hay traducción española: “Los esclavos, las alcantarillas y el capitán Aguilera: Racismo, colonialismo y machismo en la mentalidad del cuerpo de oficiales nacionales”, en CRUZ, Rafael, MUÑOZ SORO, Javier, RODRIGO, Javier y LEDESMA, José Luis (coords.), *Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX*, 2005.

<sup>10</sup> HANIGHEN, Frank C. (ed.), *Nothing but Danger*, Nueva York, 1939, p. 7.

<sup>11</sup> Cfr., para este y otros datos su expediente personal depositado en el Archivo General Militar de Segovia (AGMS), Secc. 1ª, Leg. A-416.

conde de Alba de Yeltes, era propietario entre otras tierras de la gran finca salmantina de Carrascal de Sanchiricones que es donde le sorprende el golpe de Estado. Un primer impulso le lleva a coger su coche y a presentarse de mañana en el gobierno militar de Salamanca; el gobernador militar, el general Manuel García Álvarez, jefe de la 14ª Brigada de Infantería, no encontró, extrañamente, ningún destino para él y eso que se necesitaban con urgencia cuadros para mandar los escuadrones del regimiento de Caballería Calatrava nº 2 en los que Gonzalo ya había servido en su día y al frente de ellos estaba, además, un antiguo conocido suyo, el teniente coronel Enrique Salazar. Esta falta de consideración hacia el conde de Alba de Yeltes nos da una muestra palpable del poco aprecio y el cierto recelo que sobre él había entre sus antiguos compañeros de armas que nunca contaron con su persona para formar parte, de la sublevación. Salamanca, dentro del conjunto de España, era uno de los focos importantes de la red de conjurados<sup>12</sup>; el comandante retirado Fortea, alma y fundador de la UME, se había establecido en esta ciudad desde abril del 36 y había reunido un grupo cívico-militar no muy numeroso pero sí totalmente dispuesto a actuar a la menor señal suya. “En vista de que allí no se le utilizaba” como él mismo dejó escrito, se marchó a Burgos y en la noche del 24 de julio pudo presentarse personalmente a Mola, a quien conocía de sus dos estancias norteafricanas y también por intermediación de su cuñado, el general Abilio Barbero Saldaña; será ‘el Director’ quien advierta de las grandes cualidades que los conocimientos de idiomas -inglés, francés, alemán, italiano y holandés-, su cosmopolitismo y vinculación al medio de la radiodifusión podían aportar al incipiente aparato de propaganda del bando nacional, adscribiéndole de inmediato como agregado al Estado Mayor de la 6ª División, en funciones provisionales de oficial de prensa<sup>13</sup>. Fue la suya una vinculación de tintes totalmente personalistas; de Aguilera, guardaría siempre hacia Mola un fervor y un reconocimiento como si se tratara de su señor natural, aprecio que nunca tuvo ni demostró hacia casi ninguno de los otros altos mandos nacionales, tanto militares como civiles, a quienes haría frecuente blanco de sus sarcasmos y críticas más mordaces en un rasgo de carácter que, junto a su desgarrado lenguaje, le confirió entre los círculos de periodistas el sobrenombre, sacado de la novela de Alarcón, de “Capitán Veneno”. Cuando el alma de la conspiración murió el 3 de junio de 1937, la estrella del conde de Alba de Yeltes empezó a declinar, perdiendo buena parte de su anterior protagonismo<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> ROBLEDO, Ricardo (ed.), *Esta salvaje pesadilla: Salamanca en la Guerra Civil española*, Barcelona, 2007.

<sup>13</sup> Fue uno de los pioneros de la radiodifusión en España y el primer español que habló en una radio oficial extranjera -la BBC- el 30 de enero de 1924. Cfr. FERNÁNDEZ SANDE, Manuel, *Los orígenes de la Radio en España. Historia de Radio Ibérica (1916-1925)*, vol. 1, Madrid, 2005.

<sup>14</sup> Gonzalo de Aguilera siempre sostuvo, entre sus íntimos y familiares, que el accidente de aviación que le costó la vida a Mola fue un sabotaje en toda regla auspiciado por el propio Generalísimo para que nadie le hiciera sombra en el poder. Vid., sobre esta teoría conspiratoria MAÍZ, Félix, *Mola frente a Franco*, 2008.

En la confusión de aquellos primeros días, corrió el rumor de que el conde había asesinado personalmente a seis jornaleros de su finca; un suceso éste que difundió por escrito el voluntario británico en el bando nacional Peter Kemp<sup>15</sup>; tal matanza nunca tuvo lugar<sup>16</sup> y fue un invento del mismo Gonzalo de Aguilera para crearse una imagen lo suficientemente aureolada de ferocidad y de falta de escrúpulos como para que aterrorizase a los corresponsales extranjeros. Con ello, no hacía otra cosa más que cumplir a pies juntillas las consignas que había establecido Mola en sus tan conocidas y citadas instrucciones reservadas previas al golpe de Estado fechadas el 25 de mayo de 1936, en la primera de las cuales sostenía que “Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado” y que luego ratificaría en sus declaraciones, igual de conocidas y citadas, del 19 de julio con estas palabras: “Hay que sembrar el terror... hay que dejar la sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros”. La realidad es que Gonzalo no mató a nadie en su finca de Salamanca, pero ni la prudencia, ni la moderación interesada estuvieron nunca entre sus cualidades.

La función que le encomendó Mola, prácticamente en la misma fecha en que se creó la Junta de Defensa Nacional, era muy amplia y, a la vez, un tanto imprecisa; al principio, no había ni reglamentos establecidos ni órdenes por escrito en medio de la improvisación generalizada con la que se estaba echando a andar el llamado “Estado Nacional”; era ésta la típica situación de “manga ancha” que tanto encantaba al conde, quien iba a disponer además de la posibilidad de codearse con un selecto grupo de gente de letras, interesantes personalidades en su mayoría y todos ellos extranjeros, en un ambiente selecto similar al que había conocido cuando actuó como delegado de Alfonso XIII en los campos de prisioneros de Alemania<sup>17</sup> durante la Primera Contienda Mundial. Su responsabilidad inicial seguiría, como ya se dijo con anterioridad, las pautas que se aplicaron en las campañas norteafricanas de los años 20, precedentes de tantos y tantos aspectos de la Guerra Civil<sup>18</sup>. Como O.P. tenía las atribuciones de guía, censor e informante, todo al mismo tiempo, lo que le obligaba a viajar constantemente de un lado para otro según donde estuviera el foco de las noticias y teniendo además que seguir a rajatabla, sin que se tuviera en cuenta que le gustasen o no, las consignas emanadas de la superioridad, con la obligación añadida de rendir periódicamente informes, al principio a Valladolid -emplazamiento del Cuartel General del Norte- y, enseguida a Burgos, la capital provisional administrativa de los sublevados o a Salamanca, emplazamiento

<sup>15</sup> KEMP, Peter, *Mine Were of Trouble*, Londres, 1957, p. 50.

<sup>16</sup> SANTOS GUTIÉRREZ, Luis, “La mentira de los asesinados en la finca”, en *El Adelanto de Salamanca*, Jueves, 27 de octubre de 2005.

<sup>17</sup> Vid. sobre la oficina *pro-captivis* de Alfonso XIII: CORTÉS-CAVANILLAS, Julián, *Alfonso XIII y la Guerra del 14*, Madrid, 1976 y PANDO DESPIERTO, Juan, *Un rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, 2002.

<sup>18</sup> NERÍN, Gustau, *La Guerra que vino de África*, Barcelona, 2005.

del cuartel general de Franco y a cada uno de los distintos centros militares y civiles que se fueron creando y que tuvieron competencias -a veces solapadas y en fricción- en los asuntos relacionados con la propaganda e información en lo referente a los corresponsales extranjeros<sup>19</sup>.

En su labor como oficial de prensa durante los tres años de la Guerra, el conde de Alba de Yeltes fue “criado de mil señores”. Primeramente dependió de los servicios de información militares y de la Oficina de Prensa del Cuartel General de Franco; los militares tuvieron un especial cuidado en controlar a los corresponsales extranjeros de manera directa a través de dos organismos diferentes<sup>20</sup>; uno, el más conocido, es el que llevó a cabo el Servicio de Inteligencia Militar -el SIM- que luego, a partir de noviembre de 1937, cambiaría su nombre al de Servicio de Información y Policía Militar bajo la batuta del coronel José Ungría, dependiendo de la Segunda Sección del Estado Mayor del Ejército, por lo que era llamado coloquialmente “la Segunda” o “la Segunda bis”. El otro organismo, fue obra directa de Mola, se trataba del SIFNE (Servicio de Información del Nordeste de España), que tenía su base de actuación en Biarritz y como rectores principales al experto diplomático de la vieja escuela José María Quiñones de León, al exministro de Gracia y Justicia y antiguo diputado de la Lliga, José Bertrán y Musitu y a Francisco de Asís Moreno y Zuleta de Reales, VI conde de lo Andes, grande de España, exministro con Primo de Rivera y muy conocido por de Aguilera al haber sido jefe de la Casa de Alfonso XIII mientras el conde formaba parte, como oficial, de su escuadrón de honores; es indudable que éstos fueron los dirigentes perfectos para él, pero su relación con ellos durará muy poco. En realidad, su verdadero y más efectivo jefe, al principio al menos, fue Luis Antonio Bolín, que debido a su experiencia previa en la Primera Guerra Mundial como enviado especial y en agradecimiento por los servicios prestados en la contratación del famoso avión “Dragon Rapide” fue el encargado de los corresponsales extranjeros desde su puesto de Jefe del Servicio de Prensa del Cuartel General. Bolín Badwell, de madre y formación inglesa -como el mismo Gonzalo de Aguilera- detentó, hasta el bombardeo de Guernica, la autoridad máxima frente a todos los corresponsales extranjeros presentes en la España nacional<sup>21</sup> que le veían pasar orgulloso y altivo, dando instrucciones en un tono amenazador y vestido siempre con su uniforme de capitán -honorario- de la Legión, lo cual constituyó un motivo de sorna fácil y permanente para el “Capitán Veneno”, aunque Bolín fuera uno de los escasos amigos que mantuvo con el paso del tiempo y que se interesó por él hasta en los últimos y trágicos días de su vida que pasó re-

<sup>19</sup> Vid. MORENO CANTANO, César, “El control de la prensa extranjera en el bando franquista durante la Guerra Civil española (1936-1939)”, *Alcores*, 2 (2006), pp. 211-243.

<sup>20</sup> Vid. HEIBERG, Morten y ROS, Manuel, *La trama oculta de la guerra civil. Los servicios secretos de Franco 1936-1945*, Barcelona, 2006; también SOLER FUENSANTA, José R. y LÓPEZ-BREA ESPIAU, Francisco Javier, “Los servicios de Información, espionaje y contraespionaje nacionalistas”, *Soldados sin rostro*, Barcelona, 2008, pp. 91-105.

<sup>21</sup> Cfr. BOLÍN BODWELL, Luis, *España. Los años vitales*, Madrid, 1967, pp. 230 y ss.



cluido en el psiquiátrico salmantino tras haber asesinado a sus dos hijos en un rapto de locura en 1965<sup>22</sup>.

Junto a la actuación militar en el campo de la comunicación de Guerra, enseguida se fueron organizando paralelamente los servicios civiles de propaganda del bando nacional; la Orden del 5 de agosto de 1936 dio carta de naturaleza al “Gabinete de Prensa de la Junta de Defensa Nacional” que dirigirá el periodista germanófilo y pronazi Juan Pujol Martínez, nombrado por influencia *postmortem* de Sanjurjo ya que había colaborado con él en el intento de golpe del 32 y también había trabajado anteriormente para *ABC*, antes de convertirse en el director del derechista *Informaciones*, donde aceptó la ayuda económica del Tercer Reich a cambio de difundir artículos favorables a los nazis y otros escritos ferozmente antijudíos, incluido uno firmado por el propio Adolf Hitler y titulado explícitamente “Por qué soy antisemita”. En sus funciones, Juan Pujol estuvo ayudado por el periodista Joaquín Arrarás, integrante de “Acción Española” y amigo íntimo y temprano biógrafo del mismo Generalísimo. De Pujol y de Arrarás, del SIM y de Mola a través del SIFNE le vendrán las primeras consignas y órdenes que acatará con su celo cumplidor habitual. El 24 de agosto, el Gabinete pasó a denominarse con el nuevo rótulo de “Oficina de Prensa y Propaganda”, quedando Luis Bolín de manera efectiva al cargo de la sección de Prensa extranjera; en razón de su puesto le solicitó al conde “otros trabajos”, eufemismo bajo el que se escondían labores de acompañamiento y espionaje más o menos encubierto, que también le pidió con carácter confidencial la Secretaría Particular de Franco. En estos primeros momentos de la Guerra, hizo con frecuencia de enlace para Burgos y para Salamanca con el centro de información carlista<sup>23</sup> establecido en San Juan de Luz, en un chalet que llevaba el nombre de “Nacho-Enea”<sup>24</sup>, propiedad del marqués de Caviedes, en donde se repartían las credenciales de prensa a los periodistas extranjeros, se recababan noticias y rumores de todo tipo y se adquirían aquellos artículos que escaseaban en la zona nacional -desde medicinas a material fotográfico-. El 1 de octubre, las funciones de la inicial “Oficina” fueron asumidas por la “Comisión de Cultura y Enseñanza”, la cual quedaría englobada ya en la Junta Técnica del Estado cuando ésta se creó el día 3 de octubre del mismo año; a la vez, Pujol sería reemplazado ni más ni menos que por Millán Astray, una decisión que Franco tomó más por amistad que por cualquier consideración hacia las posibles aptitudes del conocido mutilado. Millán Astray

<sup>22</sup> Un suceso que conmocionó a toda España y fue protagonista de las páginas de sucesos. Vid. *El Caso*, 5 de septiembre de 1964.

<sup>23</sup> Vid. OLLAQUÍNDIA, Ricardo, “La Oficina de Prensa y Propaganda carlista de guerra de Pamplona al comienzo de la guerra de 1936”, *Príncipe de Viana*, 205 (1995), pp. 485-505.

<sup>24</sup> Hay un paquete de cartas con el remite de “oficina de prensa y propaganda Nacho-Enea. Avenue Larreguy, Saint Jean de Luz, B.P. France”, pertenecen al Archivo Personal de Marianela de Aguilera Lodeiro (APMA) que se encuentra sin catalogar por el momento. Recientemente, una buena parte del mismo ha sido legado al Archivo Universitario Salmantino (AUS). Agradecemos a Marianela de Aguilera todas las facilidades dadas para la consulta y manejo de esta fuente.

dijo aquello tan altisonante de “yo daré las consignas y vosotros las instrumentaréis”; esos “vosotros” eran Ernesto Giménez Caballero, el jonsista Juan Aparicio -director de *La Gaceta Regional* de Salamanca-, Antonio de Obregón, Víctor de la Serna, Ramón Rato procedente del mundo de la radio, su amigo Lucas María de Oriol, Joaquín Arrarás y Pablo Merry del Val, el joven simpático y distinguido que venía de ser corresponsal en Londres de *El Debate* y que acabaría sustituyendo a Luis Bolín; Gonzalo se entendería siempre muy bien con Merry del Val desde que coincidieron en el frente de Talavera donde debutó también como oficial de prensa; la diferencia de edad nunca fue un obstáculo entre ambos quizás por la cercanía que le daba el haber conocido y tratado a su padre -secretario y profesor de inglés de Alfonso XIII, además de su embajador en Londres-. Este grupo variopinto se emplazó en el Palacio de Anaya de Salamanca y su proyección y coordinación, en general, dejaría bastante que desear en las escasas dos semanas de actuación que tuvo. Precisamente, en aras de intentar dotarlo de algo más de empuje y eficacia, un Decreto -con fecha de 14 de enero de 1937- creó la “Delegación del Estado para Prensa y Propaganda”, un organismo dependiente ahora de la propia Secretaría General del Jefe del Estado en manos de Nicolás Franco. Aunque en este Decreto se reconocía que todo el personal integrante de la Delegación era civil, se le daba la consideración de “movilizado” y tenía, entre otros fines, el muy claro de “oponerse a la calumniosa campaña que se hace por elementos rojos en el campo internacional”. La labor de censura y de control que había quedado en los primeros meses al arbitrio único de Bolín y de las Capitanías Generales y de las autoridades militares de frentes y retaguardias pasaba ya a un organismo mucho más independiente y estructurado. Su primer jefe resultó ser el catedrático filonazi de la Universidad de Valladolid Vicente Gay Forner; había, como es lógico, una sección de prensa nacional -a cargo de Antonio Asenjo Pérez- y otra de prensa extranjera -bajo Fernando Pereda-, así como otra de radio en sus tres modalidades de onda corta, extracorta y servicio de escucha junto a una sección de fotografías y carteles y, por último, quedaba establecida una sección militar a la que quedó adscrito nuestro hombre desde julio de 1937 momento en que causó baja oficial en su indefinible puesto de “agregado” del Estado Mayor de la VIª División del Ejército del Norte. La fecha de este encuadramiento coincide, además, con la de la regulación y sistematización de la figura de los oficiales de prensa que, hasta entonces, habían ido “por libre”; será, de nuevo, Nicolás Franco el artífice principal de esta Orden del 19 de julio de 1937 y que decía literalmente así:

“Con objeto de atender en el territorio liberado a los periodistas extranjeros, corresponsales y demás personalidades que se estime pertinente y al mismo tiempo dar mayor efectividad a la orden general de 28 de octubre de 1936, S.E. se ha servido disponer lo siguiente:

Primero. Se crea con carácter transitorio el cargo de oficiales de Prensa, encargados de la vigilancia periodística y de atender a las personalidades extranjeras que deseen visitar la España liberada.

Segundo. Para ser oficial de Prensa, será preciso poseer un título universitario o formación profesional adecuada estar en posesión de varios idiomas y ser nombrado a tal efecto por la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda.

Tercero. Los oficiales de Prensa ejercerán sus funciones de acuerdo con las disposiciones reglamentarias que se establezcan, respetando en todo momento las órdenes emanadas de las autoridades civiles y militares, según los casos.

Cuarto. Usarán en actos del servicio el uniforme de la milicia a que pertenezcan o el militar que le corresponda, usando todos ellos como distintivo un brazalete en el brazo izquierdo con las palabras Oficial de Prensa y el sello de la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda, mereciendo la consideración de oficial a los fines de alojamiento y transporte.

Quinto. Todo oficial de prensa llevará en regla tanto su propia documentación como la de las personas a quien acompañe, y por todas las autoridades se le darán las máximas facilidades para el cumplimiento de la misión que tienen encomendada, teniendo sus salvoconductos oficiales la misma consideración que un pasaporte militar, de acuerdo con la orden de 25 de mayo de 1937.

Sexto. Los oficiales de Prensa no percibirán otros emolumentos que los que acrediten en su condición de funcionarios públicos por razón de la categoría y escalafón a que estén afectos, sin perjuicio de las indemnizaciones que como gastos de viaje les sean abonadas”.

Entre los que portaron, como él, este brazalete con las siglas “O.P.”, hubo de todo. Tenemos ejemplos de militares como el del capitán Ignacio Rosales, de origen familiar filipino; considerado como la “otra mano” de Bolín junto al conde de Alba de Yeltes y cuya pista desaparece totalmente tras la contienda; apenas sabemos que fue un barcelonés con fortuna propia y que quedaría marcado para siempre por sus opiniones elitistas, en muchos aspectos similares a las de Gonzalo de Aguilera. La reportera Virginia Cowles, ha dejado de él un retrato demoledor cuando puso en su boca estas palabras: “no se puede educar a las masas que necesitan un azote porque son como perros y solo harán caso del látigo. No hay capacidad de comprensión en este tipo de gente, hay que tenerlos bien sujetos. Bien agarrados, donde tienen que estar”<sup>25</sup>. Poco más se sabe también del falangista Gerardo Jacob y Ernest<sup>26</sup> - residente en Panamá en los años 50-, de Luis Clavería o de Ernesto Girod pero, sin embargo, del núcleo de oficiales de prensa procedentes del catolicismo, sobre todo del activo foco de los propagandistas de Acción Católica que entran a partir de 1937, vistos siempre con un escéptico recelo -mutuo- por parte del conde, salieron nombres con un recorrido histórico mucho más largo y trascendente; tales fueron

<sup>25</sup> COWLES, Virginia, *Looking for Trouble*, Londres, 1941, p. 70. También corroboran estas opiniones el testimonio de otra mujer periodista, DAVIS, Frances, *My Shadow in the Sun*, Nueva York, 1940, p. 136.

<sup>26</sup> Cfr. Archivo General de la Administración (AGA), Cultura, caja 320. “Despacho de la Secretaría General del Cuartel General del Generalísimo al General Jefe del 8º Cuerpo del Ejército”, 5 de noviembre de 1937.

los casos de Enrique Marsans que luego refundaría la famosa empresa de viajes de su familia años después de la Guerra, del murciano Antonio Reverte Moreno, periodista -*La Verdad*- y abogado que llegará a ocupar cargos académicos de peso, de Pedro Rocamora Valls, también abogado, periodista y escritor y uno de los primeros integrantes del “Opus Dei”, del conocido José Ibáñez Martín que llegará a ser ministro de Educación Nacional durante doce años y de Luis M<sup>a</sup> de Lojendio Irure, historiador, crítico y especialista en arte sacro que, pasado el tiempo, se haría benedictino, llegando a ser abad del Valle de los Caídos, presidiendo como tal el entierro de Franco el día 23 de noviembre de 1975.

Siguiendo con la historia de “la Oficina” -denominación popular entre los oficiales de prensa-, vemos como el exagerado y peligroso compromiso partidista de Gay hacia los representantes alemanes, alguno de los cuales comenzaba a cuestionar políticamente al Generalísimo y a la estrategia bélica que estaba aplicando, le llevaría a su destitución el 9 de abril de 1937 y a su sorprendente sustitución -muchos pensaban que el cargo iba a ser para el recién liberado Raimundo Fernández-Cuesta- por un comandante de ingenieros, especialista en automovilismo, Manuel Arias Paz, cuyo mayor mérito para el puesto consistía en haber diseñado y construido por sí mismo un aparato radiotransmisor. Arias Paz estuvo también acompañado en su tarea de otros militares -los comandantes Moreno Torres y Torre Enciso-, aunque las grandes líneas de propaganda y del control de la información quedarían bajo los auspicios del conocido intelectual monárquico católico Eugenio Vegas Latapié, secretario general del Departamento, procedente de “Acción Española” y que acabaría colisionando con el jefe por alguna de sus peregrinas iniciativas y contradictorias órdenes, lo que le llevó a dejar el puesto, integrándose el que sería futuro preceptor de Juan Carlos de Borbón, primero en una bandera de la Falange de Marruecos en el frente de Madrid y luego como legionario bajo nombre figurado<sup>27</sup>. Mientras, Luis Bolín continuó aún durante un breve tiempo como jefe de la Prensa Internacional aunque debido a su trato difícil y a sus flagrantes meteduras de pata en el manejo de la contrapropaganda sobre el bombardeo de Guernica, acabaría por ser reemplazado en mayo de 1937 por Pablo Merry del Val, mucho menos adusto y con mejor mano izquierda en lo referente al trato con los periodistas. El peso cada vez mayor de Serrano Suñer en la configuración del Nuevo Estado y su cercanía personal a Franco hicieron que Arias Paz fuera cesado en diciembre de 1937. La Delegación Nacional de Prensa y Propaganda dependería, finalmente, del Ministerio del Interior en febrero de 1938 que nombra a José Antonio Giménez-Arnau como jefe del Servicio Nacional de Prensa y a Dionisio Ridruejo como jefe del Servicio Nacional de Propaganda; con Giménez-Arnau irán también Jesús Pabón, José Jiménez Rosado, Gómez Aparicio y el brillante filólogo Antonio Tovar, contertulio habitual de Gonzalo de Aguilera en la Salamanca de posguerra. Los

<sup>27</sup> Vid. VEGAS LATAPIÉ, Eugenio, *Memorias políticas II: los caminos del desengaño (1936-1938)*, Madrid, 1987.

militares, siguieron manteniendo sus competencias de control y censura de la información por medio del teniente coronel Antonio Barroso, jefe de la Sección de operaciones del estado mayor del Generalísimo, ayudado por el comandante – ascendería a coronel al final de la Guerra- burgalés, Manuel de Lámbarri Yanguas, nombrado “jefe de los corresponsales de guerra extranjeros en los frentes de combate”. Lámbarri que compartiría muchos ratos con el conde en el despacho abierto en Vitoria, en el local de una antigua tienda, también fue un hombre atípico y de difícil clasificación puesto que su verdadero interés y su vocación no iban exactamente por la milicia, sino más bien por la pintura<sup>28</sup> y por la escritura. Más decisiva aún que toda esta confusa cadena de distintos nombramientos encaminada a buscar la profesionalización y el control personal directo por parte del círculo de Serrano, estaría la promulgación de la Ley de Prensa del 22 de abril de 1938 que se mantendrá vigente –a pesar de su carácter provisional ligado a la Guerra- hasta la llamada “Ley Fraga” de los años 60 (1966). Esta normativa que controlaba desde las cabeceras y los directores de los rotativos hasta los mismos carnets de periodistas, se basaba en gran medida en la legislación italiana de 1925 y, en su preámbulo, no dejaba lugar a duda alguna sobre el carácter totalitario de la misma, ya que ponía un especial énfasis en destacar que la misión principal de la prensa era estar al servicio único del Estado:

“correspondiendo a la Prensa funciones tan esenciales como las de transmitir al Estado las voces de la nación y comunicar a ésta las órdenes y directrices del Estado y de su Gobierno; siendo la Prensa órgano decisivo en la formación de la cultura popular y, sobre todo, en la creación de la conciencia colectiva, no podía admitirse que el periodismo continuara viviendo el margen del Estado”.

Hasta esa misma fecha de febrero del 38 en que queda absorbida, había estado funcionando en paralelo la Delegación de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS bajo la férula del inquietante y rígido sacerdote navarro Fermín Yzurdiaga a quien de Aguilera zahirió sin contemplaciones en cuanto tuvo ocasión para ello<sup>29</sup>; dicha Delegación nació a su vez de la fusión de la Delegación de Prensa de la Junta Nacional Carlista de Guerra, creada en el verano de 1936 bajo la dirección de Julio Muñoz Aguilar, y de la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda de FE y de las JONS, surgida en San Sebastián en julio de 1936 bajo la dirección de Vicente Cadenas. Así va quedar desde este momento, organizado y estabilizado todo este complejo sistema hasta el final de la Guerra y aún años después, pero ya por entonces el conde de Alba de Yeltes permanecía licenciado a todos los efectos, siendo su

<sup>28</sup> Fue uno de los principales ilustradores de “Vogue” en París, dibujó para ABC y “Blanco y Negro” y llevaba una vida de artista bohemio y retirado en Mallorca cuando estalló la Guerra, volviendo al servicio activo para ocupar este cargo por su dominio de los idiomas. Hasta su muerte en 1973, en Barcelona, siguió pintando y actuando como crítico de arte, al margen de modas y corrientes. Vid. PÉREZ BARREDO, Rodrigo, “El pintor inconformista”, en *Diario de Burgos*, 14 de junio de 2010.

<sup>29</sup> Sobre la actuación del llamado “Cura azul”, vid. MARTÍNEZ SÁNCHEZ, Santiago, “Las tensiones político-eclesiásticas en torno a Fermín Yzurdiaga, 1936-1939”, *Hispania Sacra*, LXIV, Extra I, enero-junio (2012), pp. 223-260.

último acto en calidad de oficial de prensa la participación en el desfile de la Victoria acompañando y facilitando la labor de los más de doscientos periodistas extranjeros acreditados que acudieron a cubrir el emblemático acontecimiento que tuvo lugar durante cinco horas el 19 de mayo de 1939.

## 2.2. *Su actuación personal*

Su labor durante los tres años de la contienda le llevaría a recorrer miles de kilómetros por las carreteras bombardeadas de la España en guerra, en un inconfundible Mercedes requisado a su servicio -matrícula B17902- y manejado temerariamente a toda velocidad por él mismo, a pesar de contar con un conductor-ordenanza de plantilla -Tomás Santos-; en otras ocasiones, le daba por ir lentísimo, a propósito y para desesperación de los restantes vehículos de periodistas que le seguían en columna. Comenzando en 1936, estos primeros meses de la Guerra fueron para él de un ritmo frenético. Desde su puesto de adscrito al Estado Mayor de la VIª División, pasó en Burgos la primera quincena del mes de agosto en espera de que se clarificasen las cosas y se estabilizaran los frentes. En el abigarrado ambiente de la retaguardia burgalesa empezó su labor recibiendo enseguida la primera -y única que se conserva de su puño y letra- lista de corresponsales acreditados por Salamanca<sup>30</sup>. Tenía que hacerse cargo personalmente de ochenta y tres nombres que incluían ya a muchas de las grandes firmas que acabarían haciéndose famosas por sus artículos y por sus libros o por sus propias peripecias personales que, a su modo, también les convirtieron en protagonistas a su pesar. Además de responsabilizarse en todos los sentidos de este variopinto grupo, recibió las primeras consignas y pautas de comportamiento propagandístico que iban desde el lenguaje para referirse al bando propio y para referirse al enemigo, pasando por el tipo de noticias que se podían o no se podían dar y finalizando por la recomendación para convertir en material periodístico a toda una serie de personajes que, se suponía, podrían tener cierto tirón popular. Entre ellos se encontraba el peculiarísimo piloto laureado Juan Ansaldo Vejarano, aún convaleciente de las lesiones que sufrió cuando pilotaba la avioneta en que volvía Sanjurjo desde Estoril. Ansaldo, aristócrata, sorelliano, sordo como una tapia, de una arrolladora personalidad y de una “mordacidad tan divertida como cruda”<sup>31</sup> tuvo por fuerza que empatizar con el conde de Alba de Yeltes; años después ambos compartirían también su desencanto personal hacia la figura de Franco<sup>32</sup>. Pero pronto tuvo que dejar la seguridad de Burgos y de Valladolid para poder acercarse al frente de guerra, pues cubrió muy tempranamente la toma de Irún y el mismo día que entró en la ciudad fronteriza el coronel Beorlegui, el 5 de septiembre, con sus columnas lo hizo él también con los primeros periodistas. Desde el norte se traslada siguiendo al grupo de Monasterio y al mismo Mola quien, tras la

<sup>30</sup> Cfr. APMA.

<sup>31</sup> RIDRUEJO, Dionisio, *Casi unas memorias*, Barcelona, 1974, p. 118.

<sup>32</sup> Vid. ANSALDO VEJARANO, Juan, *¿Para qué? (De Alfonso XIII a Juan III)*, Buenos Aires, 1951.

confluencia de los Ejércitos del Norte, Centro y Sur para converger sobre Madrid, trasladaba su cuartel general a Ávila. En esta rápida incursión previa a la conquista de Madrid, asiste a casi todos los choques que tuvieron lugar entonces en los puentes de Guadarrama y Somosierra el 16 y 17 de septiembre. Sin apenas descanso, continúa con las fuerzas -columnas de Asensio, Castejón y Barrón, bajo el mando de Yagüe- que se dirigen por la provincia de Toledo; es entonces cuando protagoniza un episodio muy propio de él. En el kilómetro 5 de la carretera de Extremadura, muy cerca ya de la Casa de Campo, le sorprende un empuje republicano en primera línea que repelerá junto a otro excéntrico compañero de viaje, el capitán de origen austriaco Roland von Strunk, que actuaba como enviado personal de Hitler bajo la cobertura de ser periodista del rotativo nacional-socialista *Voelkische Beobachter*. Tras la sustitución de Yagüe -enfermo- por Varela, acompaña a éste en la toma de Torrijos -22 de septiembre- y en la entrada de Toledo -27 de septiembre- asistiendo personalmente a la liberación del Alcázar tras diez semanas de asedio y a todo lo que esto supuso desde el punto de vista propagandístico. Vive enteramente la llamada “Marcha sobre Madrid”, acercando a los informadores a los combates más caracterizados de la Casa de Campo, Pozuelo y Aravaca que tienen lugar desde el mes de noviembre de 1936 hasta enero de 1937.



**Figura 1.**

Gonzalo de Aguilera Munro, Frente a la oficina de prensa de Talavera, instalada en los locales de una tienda de mosaicos. 1936 (APMA).

El nuevo año se iniciaría con los coletazos de la ofensiva sobre Madrid y, tras el relativo fracaso de este ataque frontal, asistirá ahora a la cruenta batalla del Jarama -febrero de 1937- bajo la dirección del general andaluz José Enrique Varela Iglesias, otro de los contados dirigentes de la sublevación al que admiró por la rigidez de su actuar y por sus arraigadas -y compartidas- convicciones monárquicas y

de quien también guardará devoción pasado el tiempo. En estas primeras frías semanas del año, recibirá Gonzalo de Aguilera una nueva decepción al verse apartado del nacimiento de Radio Nacional de España, cuando, sin duda, él hubiera sido por su experiencia, su preparación y sus conocimientos, uno de los candidatos más aptos para ocupar la dirección que se dio a Jacinto Miquelarena Regueiro, que aportaba como méritos su labor previa de periodista deportivo y el ser coautor de la letra del “Cara al sol”. Finalizada la operación del río Jarama -23 de febrero- y el fiasco de Guadalajara -del 8 al 22 de marzo- es enviado al frente norte a montar, primeramente, la oficina centralizada de prensa de Álava, siempre bajo la batuta de Lábarri y con el control absoluto de Bolín, que les hacía ir con cierta frecuencia a Salamanca para recibir órdenes directas. Además del trabajo de despacho, tuvo que asistir después al avance nacional iniciado a finales de marzo, yendo ahora con las Brigadas de Navarra<sup>33</sup>, dirigidas en su cúpula por el general Solchaga e integradas en la 1ª Agrupación. Él estuvo adscrito tanto en la 3ª Brigada del coronel Latorre con base en Mondragón como en la 4ª con base en Vitoria y mandada por el coronel Camilo Alonso Vega que fue, precisamente, con la que entró en Guernica el 29 de abril, tres días después del famoso bombardeo aéreo. Las instrucciones de Merry del Val -jefe de la Oficina de Prensa del Cuartel General en Salamanca- eran muy precisas en cuanto a la forma de actuación demandada y le fueron enviadas el día antes de pisar la villa foral por medio de un telegrama con este texto:

“Ruégole solicite mayores libertades posibles beneficio corresponsales extranjeros con finalidad puedan visitar pueblos cogidos enemigo primeros momentos su captura objeto que como testigos oculares puedan contradecir infamias propaganda roja que acúsanos haber destrozado pueblos cuando verdad es que rojos lo incendian y destruyen antes de huir vergonzosamente. Salúdole. Merry”<sup>34</sup>.

Aún así, la burda campaña orquestada de contrapropaganda nacional a la que él tuvo que plegarse, como todos los demás compañeros de profesión, poco pudo hacer para desmentir las informaciones previamente aireadas por el sudafricano George Lowther Steer en *The Times* y en *The New York Times*<sup>35</sup> (con la inestimable ayuda de Herbert Matthews), por el australiano Noel Monks en el *Daily Express*, por Christopher Holme de la agencia Reuter y por el francés Corman, cronista de *Ce Soir*, que dieron la vuelta al mundo recogidas por otros muchos medios escritos internacionales en un proceso de lucha informativa bastante desigual y en el que los

<sup>33</sup> LEZAMIZ, Julen y TABERNILLA, Guillermo, *Saibigain, el monte de la sangre*. Bilbao, 2002.

<sup>34</sup> Cfr. APMA.

<sup>35</sup> Sobre la peculiaridad informativa del *New York Times* de enviar corresponsales y publicar crónicas de ambos bandos en busca de la ecuanimidad, vid. SAGREDO, Mª Antonia y MAESTRO, Javier, “Los primeros años de la Guerra Civil Española y su repercusión internacional en las páginas del *New York Times* (1936-1937)”, <http://www.unican.es/NR/rdonlyres/0000e2f2/cndufyenyvtvmoactfxlkfcbhjybfqkz/JavierMaestroyMaríaAntoníaSagredoLosprimerosañosdelaGuerracivilespañolaysurepercusióninternacionalenlaspáginasdelNewYorkTimes193637.pdf>



republicanos ganaron ampliamente, hasta el punto que le costó el puesto a Luis Bolín, como ya se ha dicho. Se pensó, erróneamente, que una de las fórmulas para contrarrestar en la medida de lo posible el eco de esta destrucción sistemática era silenciar la existencia del bombardeo aéreo alemán e italiano, expulsando a todos aquellos corresponsales que hubieran tenido que ver en mayor, menor -o nula- medida con esta fuga de información; este espinoso y desagradable cometido le cupo en suerte a Gonzalo de Aguilera que lo resolvió con su contundencia habitual, entre los meses de abril y mayo. Quizás no merezca la pena dedicarle muchas más líneas a este episodio de las expulsiones y amenazas que, por otra parte, ha sido suficientemente estudiado hasta en sus más minúsculos detalles<sup>36</sup>. El progreso hasta Bilbao de las tropas nacionales hace que sea testigo privilegiado de los combates en el sector de Bermeo en mayo, así como de la toma de Amorebieta y del avance por el valle de Cenauri; pero la urgencia del ataque en la Granja, Segovia, donde hubo un intento por parte republicana de romper el frente y diversificar al enemigo, le hará estar en los combates de los pinares de Valsaín, el 30 de mayo. Sin embargo, volverá a tiempo aún para la ruptura del “cinturón de hierro” bilbaíno que tuvo lugar el día 12 de junio y que fue culminado con la toma de Bilbao el día 19. Allí entró acompañado del reportero italiano Sandro Sandri con el que mantuvo siempre una gran camaradería<sup>37</sup> y que, al igual que el resto de sus compañeros italianos, alemanes y portugueses, no tuvo nunca el más mínimo problema con respecto a las restricciones impuestas a los demás medios internacionales acreditados ante el ejército del Norte. Pasando por medio de la ciudad del Nervión, fantasmal y abandonada a su suerte, el conde de Alba de Yeltes se anticipó al grueso de las tropas y se encaminó audazmente hasta el palacio de la Diputación donde, con gran sangre fría, consiguió que se le rindieran sin oposición alguna todas las fuerzas de la Guardia de Asalto y de Carabineros que estaban allí acantonadas. Fue éste un hecho insólito, rayando en lo temerario, que le dio aún más popularidad y contribuyó a fomentar la leyenda que ya tenía. De todas formas, no fue el único oficial de prensa que se vio envuelto en este tipo de actuaciones un tanto descabelladas, pues Marsans protagonizó algo muy parecido cuando se produjo la posterior conquista de Barcelona. La nueva normativa sobre los oficiales de prensa le sorprende en pleno fragor de la batalla de Brunete, que tiene lugar entre el 5 y el 27 de julio y que fue, sin duda, una de las más sangrientas; allí acude como agregado de las dos brigadas navarras - la IV, mandada por Alonso Vega y la V por Juan Bautista Sánchez- que se llevan a

<sup>36</sup> Vid. SOUTHWORTH, Herbert Rudledge, *Guernica! Guernica! A Study of Journalism, Diplomacy, Propaganda and History*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1977 (especialmente pp. 31-88). Las referencias a los periodistas extranjeros y sus testimonios sobre Gonzalo de Aguilera, están sacadas mayoritariamente de la obra fundamental de PRESTON, P., *op. cit.*

<sup>37</sup> En base a esta amistad que los unió, Sandro salvó a un periodista francés -Georges Bernard- de las iras de Gonzalo de Aguilera. Sandri, entró en Bilbao acompañando al conde y puso con él la primera bandera bicolor en la ventana del despacho provisional del lehendakari, en el hotel “Carlton”. Este periodista moriría pocos meses después a consecuencia de una herida de bala en el estómago durante la ocupación japonesa de Shangai.

toda prisa desde el frente de Santander y vuelve a encontrarse de nuevo con su admirado Varela. Continúa, aunque ya con su nuevo estatus, asistiendo a las operaciones que ahora prosiguen en el temporalmente interrumpido ataque sobre Cantabria y el 6 de agosto presencia la ofensiva de Dávila en Reinosa y el puerto de El Escudo, entrando en la capital de la provincia el día 26 y de la misma manera que en Bilbao; es decir, dos horas antes de que lo hicieran las columnas de vanguardia y acompañado, en una escena completamente surrealista, por el famoso espía comunista “Kim” Philby<sup>38</sup> del *Times*, regresado a España apenas un mes antes para sustituir a James Holburn y que fue capaz de engañar a todos los mandos nacionales y a los servicios de prensa, incluidos los sagaces Bolín y Merry del Val, que le tenían por uno de los periodistas más afectos; no sería el único izquierdista que logró infiltrarse entre los sublevados y ganar su plena confianza, algo que también hizo el holandés J. Brouwer<sup>39</sup>. Pues bien, con tan peligroso compañero y ante el estupor de los milicianos en desbandada que atestaban las calles de Santander, pasó a toda velocidad con su coche haciendo sonar la bocina y coreando a gritos eslóganes y “vivas” con medio cuerpo fuera de la ventanilla. Fue por entonces cuando se brindó a acompañar en su vehículo hasta León a la periodista Virginia Cowles, una espectacular y elegante dama americana de 27 años, antigua redactora del *Harper’s Bazaar* y ahora al servicio del trust de Hearst, que dejaría constancia del encuentro y de las crueles explicaciones que Gonzalo le dio sobre los campos de de trabajos con prisioneros que se estaban organizando por entonces. En julio, tal y como ya se ha dicho antes, pasó a depender exclusiva y totalmente de la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda y en calidad de tal continuó siguiendo el resto de la campaña del Norte cuyo mando supremo ostentaba el genera Fidel Dávila Arrondo, hasta la caída final de Gijón y de Avilés el 21 de octubre a manos de los soldados de Muñoz Grandes y de Solchaga. Acabada la actividad del frente Norte, comienza a definirse con mayor claridad que la contienda civil va camino de ser mucho más larga de lo que se supuso en un principio y en la que se vislumbra, además, el posible triunfo de los sublevados, lo que hace perder interés informativo a nuestro conflicto que tiene, por otra parte, que competir con otros nuevos focos de inestabilidad mundial que también le restan protagonismo mediático, como son el choque chino-japonés, la disputa por Manchuria, los precedentes del *Auschluss* austriaco y los de la crisis inminente de los Sudetes; por si esto no fuera suficiente, el gobierno de Burgos, dispone ahora de una plantilla de oficiales de prensa mucho más numerosa

<sup>38</sup> Sobre la aventurera y compleja personalidad de Harold Adrian Russell Philby (1912-1988), que acabaría huyendo a la Unión Soviética al ser descubierto como agente doble e integrante del famoso grupo “los cinco de Cambridge” en 1963, vid., entre otros: KNIGHTLEY, Phillip, *Philby: KGB Master-spy*, Londres, 2003 y su tramposa autobiografía *My silent war*, Londres, 1968.

<sup>39</sup> El Dr. J. Brouwer, consiguió una credencial de la prensa católica holandesa a pesar que venía escribiendo en *Nueva Cultura*, la revista dirigida y elaborada por Josep Renau durante los años de la República y publicada bajo los auspicios de la comunista Unión de Escritores y Artistas Proletarios de Valencia y en la que firmó una de las últimas entrevistas hechas a Unamuno, en septiembre de 1936. Fue también autor del libro *Een katholiek Spanjaard over Spanje*, Bilthoven, 1937.

y profesionalizada, todo lo cual hace que la oficina de Vitoria paulatinamente perdiese toda su importancia logística anterior y acabe finalmente por cerrar.

Tras un breve permiso, volverá a su labor durante las operaciones en la martirizada Teruel expuesta a una contundente ofensiva republicana que comenzó, como es bien sabido, por sorpresa el 15 de diciembre de 1937, en lo más crudo de un invierno con unas temperaturas extremas que llegaron a los  $-20^{\circ}$  C. En los alrededores de la pequeña capital aragonesa, llevando siempre puesta encima del uniforme una impecable trinchera inglesa de tela de gabardina forrada en piel, cumplió sus funciones junto a los periodistas y fotógrafos que se arriesgaron a padecer aquel frío helador durante las maniobras de reconquista tras la polémica rendición de Rey d'Harcourt y que fueron dirigidas por Varela, Aranda y García Valiño, prolongándose hasta casi finales de febrero de 1938. En ese contexto, tuvo la enorme satisfacción, que recordaba muy a menudo entre sus íntimos, de ver con sus propios ojos una de las últimas grandes cargas históricas de su antigua Arma, la que mantuvo la 1ª División de Caballería con 3.000 efectivos el 7 de febrero de 1938, dentro de lo que se conoce como la batalla del río Alfambra<sup>40</sup>; al frente de los jinetes, estaba su admirado general José Monasterio Ituarte<sup>41</sup> a quien consideraba el prototipo del caballero español. Pocos días después, el 2 de marzo, asiste al acto de condecoración de su amigo Kim Philby por parte del Generalísimo en Burgos; él mismo fue uno de los impulsores de esta medalla entregada en reconocimiento a unas heridas que en realidad fueron las secuelas de cuando asesinó el 31 de diciembre de 1937, con una bomba de mano que dejó en el capó del vehículo, a tres de sus compañeros de profesión -Dick Sheehans de Reuters, Bradish Johnson de *Nesweek* y Edward Neil de *The Associated Press*- que sospechaban con verdadero fundamento de su papel como espía doble; un atentado en toda regla que él enmascaró hábilmente, presentándolo como el efecto de un mortero republicano<sup>42</sup>. Ese mismo mes, el día 22, comienza la segunda fase de la ofensiva sobre Aragón con la toma y recuperación de Quinto y tras esto se traslada en abril a Lérida, primera de las capitales de provincia catalanas que fue ocupada por el ejército marroquí liderado por Yagüe. Asiste también a otro de los momentos más simbólicos de la Guerra para el bando sublevado, la llegada al Mediterráneo por Vinaroz que protagoniza Camilo Alonso Vega. La Guerra, en este momento, parece estancada y durante estos meses de relativa tranquilidad previos a lo que iba a ser la última y decisiva gran batalla, la del Ebro, colabora nuevamente

<sup>40</sup> Vid. CASAS DE LA VEGA, Rafael, *Alfambra. La reconquista de Teruel*, Barcelona, 1976.

<sup>41</sup> El mallorquín José Monasterio Ituarte (1882-1952) ya había coincidido con Gonzalo en sus dos periodos de estancia en África; compartía con él su entusiasmo por la hípica, por la aviación -era piloto desde 1912- y su acendrado sentimiento aristocrático y monárquico, aunque su profesionalidad y dedicación a la carrera militar -ocupó el cargo de ayudante del ministro de Guerra Gil Robles- fueran muy superiores a las mostradas por el conde de Alba de Yeltes. Coronel en Zaragoza -había sido antes profesor de la Academia General durante la dirección de Franco- cuando estalló la Guerra, en la que estuvo muy involucrado en su gestación, llegaría a general y, tras la contienda, a capitán general a pesar de su pronunciamiento a favor de la Restauración en 1943.

<sup>42</sup> THOMAS, Hugh, "Espías y traición", *ABC*, 23 de mayo de 2010.

mediante su asesoramiento y sus contactos en Gran Bretaña con Luis Bolín. Su antiguo jefe de prensa estaba ahora dedicado a poner en marcha un novedoso proyecto de turismo de guerra que se concretó, mediante el decreto de 7 de junio, en la “Ruta Nacional del Norte”<sup>43</sup>, primero de una serie de itinerarios que recorrerían los principales escenarios de la Guerra Civil y que tuvieron por finalidad reactivar el turismo, allegar divisas y servir de propaganda entre los medios profranquistas y católicos extranjeros de Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Italia, Portugal, Suiza y Estados Unidos. Vuelve a los frentes levantinos, participando en la toma de Castellón por Aranda el 14 de junio y estuvo presente en Burgos cuando se produjo el gran desfile cívico-militar conmemorativo del 19 de julio. Cada vez se le iba dando más importancia propagandística a este tipo de actos no estrictamente bélicos y que conformaban el aparato externo y simbólico del nuevo régimen, todo un empeño personal de modernización llevado a cabo por Serrano Suñer que cuidaba hasta los más últimos detalles y en el que se enmarca también otro evento que involucró a Gonzalo de Aguilera, como fue la exposición que tuvo lugar en San Sebastián con el material de guerra incautado a las fuerzas republicanas y que se inauguró el 1 de septiembre. Pero, como no podía ser menos, sería la Batalla del Ebro la que de nuevo exigiera sus mayores esfuerzos para controlar y dirigir a los muchos periodistas que acuden a ella y que, otra vez, colocan a la Guerra Civil Española en el candelero informativo. El calor agotador, los continuos problemas con los corresponsales que reclaman una visión más directa de los combates frente a las estrictas normas de seguridad que se lo impiden por todos los medios, el creerse poco reconocido por sus superiores y el desgaste propio de tantos y tantos días de servicio, incomodidades sin cuento y kilómetros recorridos vuelven a Gonzalo particularmente irritable y hosco, una reacción que no acababa de entender del todo su compañero en estas tareas, el marqués de Valdeiglesias<sup>44</sup>, José Ignacio Escobar Kirkpatrick al que chocaron las quejas de alguien que al principio de la contienda tenía que pastorear a casi un centenar de enviados especiales y ahora se tenía que conformar con grupos que apenas llegaban a la media docena. Entre los reporteros que tiene otra vez a su cargo, figuran viejos conocidos como “Kim” Philby.

Finalizada la larga y cruenta campaña del Ebro en noviembre, la Guerra entraba ya en su fase final, cada vez más acelerada aunque para él suponga, al mismo tiempo, un menor compromiso y mucho menos trabajo puesto que la presión y el control sobre los enviados internacionales se volvieron muy laxas ante la vista puesta en un

<sup>43</sup> Cfr. AGA, Fondo Asuntos Exteriores 54/11710, *Notas sobre la Ruta de Guerra del Norte*, 1938, p. I., y el capítulo correspondiente de CORREYERO, Beatriz y CAL, Rosa, *Turismo: La mayor Propaganda de Estado. España, desde los orígenes hasta 1951*, Madrid, 2008. Este fenómeno del turismo de guerra también se dio en el bando republicano aunque sin la organización sistemática del bando nacional, vid. HOLGUIEN, Sandie, “National Spain Invites You’: Battlefield Tourism during the Spanish Civil War”, *The American Historical Review*, 110.5 (2005). <http://www.historycooperative.org/journals/ahr/110.5/holguin.html>>).

<sup>44</sup> ESCOBAR KIRKPATRICK, José, *Así empezó. Memorias de la Guerra Civil Española 1936-1939*, Madrid, 1974, p. 301.

triunfo inminente. Gonzalo irá destinado a las acciones sobre Cataluña que comienzan al mes siguiente y en enero de 1939 se encuentra en Lérida como agregado del cuartel general de la división de Caballería de Monasterio. El 26 de enero de 1939 entra con las tropas del cuerpo de ejército marroquí en Barcelona y, por su cuenta y riesgo, llega hasta el propio despacho de Companys en el Palacio de la Generalitat; allí, su pasión por el mundo de las ondas, hizo que se llevara, como trofeo de guerra, un moderno aparato de radio del mismo presidente catalán. No puede asegurarse que contactara con su hermana y con su cuñado presos, hasta ese mismo día, en la Cárcel Modelo y en el castillo de Montjuich, respectivamente, aunque es de suponer que sí. El 21 de febrero, después de haberse encontrado con su madre en San Sebastián, participa en la cobertura informativa del gran desfile que tuvo lugar en la Diagonal y en la parada naval de Salou del día siguiente. El 28 de marzo paseará por las calles de Madrid confundido con las tropas de Espinosa de los Monteros y viviendo la alegría del triunfo y la euforia colectiva que se desató entre los vencedores y sus partidarios. Al abrir las puertas, primero de su casa y luego del domicilio de su madre se encontrará con que ambos estaban completamente desvalijados, sin apenas mobiliario y sin un solo libro en la biblioteca que tanto estimaba y en la que llegó a tener más de 5.000 volúmenes. El 1 de abril recibe la noticia esperada y ya muy presentida por todos del final de la Guerra y con él la certeza de que sus días como oficial de prensa están contados pues no se plantea en ningún momento permanecer en el nuevo aparato de propaganda estatal que va camino de perpetuarse como un aparato más de ese nuevo Estado autoritario con el que cada vez se identifica menos y, a diferencia de lo que van a hacer otros muchos de sus compañeros, optará por esperar tranquilamente la llegada del telegrama con la comunicación de la licencia absoluta. Su último servicio oficial, como ya quedó dicho, tuvo lugar en el primer desfile de la Victoria, aunque poco antes -el 11 de abril de 1939- tuvo que encargarse de la cobertura exterior y de labores de intérprete en la solemne presentación de cartas credenciales que hizo en Burgos el embajador británico Mr. Petterson. Para él, la Guerra, por fin, también se había terminado y lo que empezó siendo una aventura exultante, atractiva y rejuvenecedora en cierto sentido, acabó por ser un deber peligroso, agobiante, rutinario y molesto sin ninguna recompensa gloriosa ni reconocimiento personal como el que obtuvieron otros muchos de sus compañeros de promoción<sup>45</sup> y de otras promociones posteriores a la suya; rodeado y sobrepasado, además, por toda una hornada de chicos jóvenes universitarios, la mayoría de ellos fervorosos cristianos salidos de las filas de la Juventud de Acción Católica de Ángel Herrera Oria, quienes a partir de 1937 coparán la mayoría de los cuadros de esos oficiales de prensa con los que difícilmente logró congeniar.

<sup>45</sup> Fueron compañeros de su promoción de la Academia de Valladolid (1909-1911) compuesta por 64 oficiales, entre otros, Jaime Milans del Bosch y Segismundo Casado López. Información facilitada por el coronel Luis Manuel Madrigal García, del Museo de Caballería, a quien agradecemos su disponibilidad.

### 3. De Aguilera y los corresponsales de guerra extranjeros: imagen y mito

Autógrafa 917904, Buzón 1218  
2190 - Comandante Saura

Periodistas E. I. Aguilera  
Nombre, Nacionalidad, Número, Fecha, Lugar

Comité Ferrer Proust	Francia	1808	París
Charles Bullock Byter	Canadá	2030	San Francisco
Dr. J. Brewster	Alemania	085194	París
Raymond Lacroix	Francia	1737	París
Stanley B. Leede	U. S. A.	275	Washington
André SALMOTI	Francia	24244	París
Charles d'Yveswalle	Bélgica	C 93/8925	Bruselas
Ricardo Arribas	Italia	113570	París
ALBERT THIERRY	Bélgica	07540	París
W. G. von Staden	Alemania	II 1822/32	Berlín
Joseph J. Smith	Irlanda	1048	París
Pierre Osmont	Francia	64-15	París
André Paul Caplain	Francia	2292	París
Charles Morice	Francia	2353	París
H. Reynolds Robert	U.S.A.	40	Washington
H.R. Kambler	U.S.A.	773	Washington
Maurice Leroy	Francia	2571	París
D. SEBASTIÁN DELMOR	Francia	622	París
Nicolas André	Francia		París
John Simpson Elliot	U.S.A.	475	Washington
Edmund Taylor	U.S.A.	2800	Chicago
Harold G. Cardoso	Francia	9286	París
Francis Davis (mayor)	U.S.A.	3298	Washington
Robert L. Jones	U.S.A.	20511	Washington

**Figura 2.**  
Primera página de la relación autógrafa de periodistas autorizados a cargo del conde de Alba de Yeltes, agosto de 1936 (APMA).

Un cálculo aproximado en torno al número de corresponsales con los que trató Gonzalo de Aguilera a lo largo de la Guerra arrojaría un saldo cercano y, desde luego nunca inferior, a los dos centenares largos. De ellos, al menos una décima parte nos dejó algún testimonio escrito sobre el personaje en mayor o menor extensión. La profundidad y la veracidad de estas aportaciones no viene, como podría creerse en un primer momento, determinada por la ideología política de los autores y por la empatía que mantuvieran con su mentalidad y forma de ser, sino por la duración en el tiempo y las circunstancias -casi siempre referidas al primer año y medio de la contienda- en que se produjo y desarrolló la relación entablada con el conde de Alba de Yeltes. Abundan así, en gran medida, los estereotipos, especialmente entre aquéllos que apenas tuvieron la ocasión de verle de una forma fugaz, cruzando a lo sumo cuatro palabras en relación a un primer y único encuentro o bien le conocieron exclusivamente dando voces autoritarias u órdenes perentorias en las reuniones informativas y en las visitas guiadas -“la vacaciones pagadas” como las denominaba irónicamente- a los frentes de batalla. Incluso, algunos de ellos,

se limitaron a poco más que repetir de oídas y de segunda mano lo que corría sobre él sin que en realidad llegasen a tratarle en persona lo más mínimo.

Quienes sufrieron en carne propia las amenazas verbales, detenciones, trato vejatorio violento, expulsión y hasta las terribles -aunque sin que llegaran a materializarse- condenas a pena de muerte les fue prácticamente imposible distinguir al hombre al que consideraron causante de las mismas de las condiciones en las que estaba obligado a actuar y, quizás por eso, tendieron a considerarlo a él, sin más, como el último y el verdadero culpable de todos sus males aunque esto -como en los casos de las expulsiones de Knickerbocker o de Hennessy<sup>46</sup>- no fuera en modo alguno cierto. Sólo una exigua minoría llegó a intimar -para bien o para mal- con él y son ellos los que han logrado ofrecer la imagen más atinada de Gonzalo de Aguilera, lo cual no quiere decir que la imagen que de él proyectaron sea positiva entre otras cosas por la inveterada tendencia mixtificadora del retratado que contribuyó a forjar su propio mito de hombre violento, atrabiliario, sin escrúpulos, aristocratizante hasta el fanatismo, dotado de un odio de clase sólo comparable a su valor rayano en la temeridad, irónico, sarcástico, cosmopolita y escrupulosamente elegante, excéntrico y mujeriego... todo en un intento por construirse una fuerte personalidad que consiguiera destacarle enseguida del resto de oficiales de prensa y le convirtiera, como así fue, en alguien imposible de olvidar. Detractores, partidarios e indiferentes, coinciden a la hora de señalar su dinamismo inagotable, un gusto casi juvenil e irreflexivo por la acción y por cumplir puntillosamente con su deber, un carácter impredecible tan pronto dado a la broma como al exabrupto y a unos temibles prontos coléricos, una exquisita educación, erudición y saber estar. A Whitaker, uno de sus mayores contrarios, no le dolieron prendas cuando dejó dicho de él que “Aguilera era uno de los hombres más valientes que yo he visto jamás. Era feliz bajo el fuego y cuando quise acudir al frente, se puso de acuerdo conmigo para hacer él y yo viajes a solas”<sup>47</sup>; pero no fue el único que dejó a un lado sus diferencias para reconocer sus méritos, Sefton Delmer dijo que hablaba un inglés tan correcto que se le podía tomar tranquilamente por nativo<sup>48</sup>, algo que corroboró siempre que tuvo ocasión su incondicional Harold G. Cardozo, que además le consideraba “un buen amigo de los periodistas”<sup>49</sup>. Knickerbocker no les iba a la zaga en elogios hacia su presunta bestia negra: “Nuestro mejor amigo entre todos los oficiales blancos... El capitán Aguilera tiene cincuenta y dos años, aparenta cuarenta, actúa como si tuviera treinta y es el mejor

<sup>46</sup> Jossleyn Michael Stephen Philip Hennessy (1902-1976) de madre austropolaca y padre irlandés; estudió en Oxford Historia y Economía. Corresponsal de la agencia *Reuters* en París, entre 1931 y 1937 y del *News Chronicle*. Después de su amarga experiencia en la Guerra Civil donde se puso precio a su cabeza por lo que se entendía eran injurias contra los sublevados, se trasladó a la India, país que le cautivó para siempre y para el que trabajó por y tras su independencia.

<sup>47</sup> Cfr. WHITAKER, John, *We Cannot Escape History*, Nueva York, 1943, p. 109.

<sup>48</sup> Cfr. DELMER, Sefton, *Trail Sinister. An Autobiography*, Londres, 1961, p. 277.

<sup>49</sup> Cfr. CARDOZO, Harold G., *The March of a Nation. My year of Spain's Civil War*, Londres, 1937, pp. 63 y 285-286.

oficial de prensa que he tenido el placer de conocer, porque nos lleva de verdad hacia donde está la noticia, es decir al frente”<sup>50</sup>. Pero también, casi todos coinciden cuando mencionan su otro rostro mucho menos amable y esa tendencia incurable al protagonismo permanente que le llevaba a decir en alto lo primero que se le pasaba por la cabeza sin reparar apenas en quién constituía su auditorio, quizás porque pensaba ingenuamente que se encontraba “entre caballeros” y que sus palabras no saldrían nunca del círculo en que se habían pronunciado y que solían ser las tertulias improvisadas en un café tras finalizar sus labores diarias de censura de crónicas, telegramas y fotos<sup>51</sup>. Él fue, sin duda, el más sorprendido cuando vio cómo aparecían paulatinamente escritas, las peroratas explosivas que había ido soltando por su boca, siempre proclive a calentarse con una suma facilidad y cuyos efectos tuvo necesariamente que sentir en carne propia, primero y durante la Guerra, en forma de reconveniones y severas llamadas al orden por sus superiores y luego, durante la posguerra en un aislamiento social cada vez mayor que le iría volviendo progresivamente más y más huraño. De hecho, la conmoción que supuso la temprana aparición pública del demoleedor artículo del americano Hubert Knickerbocker<sup>52</sup> en el *Washington Times* el día 10 de mayo de 1937, fue otra de las causas de su declive profesional y, a partir de ese momento, se cuidaría muy mucho de no volver a soltar -al menos ante grandes audiencias- ese tipo de perlas. Las columnas periodísticas de Knickerbocker obtuvieron una resonancia aún mayor por proceder de una persona de tendencias netamente conservadoras<sup>53</sup> y por ser citadas en el Congreso de los USA el día 12 del mismo mes, en medio del debate que se dio sobre el papel institucional y comercial que debían adoptar los Estados Unidos ante el conflicto español y, aunque las declaraciones se atribuían a un tal “capitán Sánchez”, todo el mundo sabía que este nombre era un mero trasunto del de Aguilera y que era a él, claramente, a quien correspondían expresiones tan vitriólicas como las de:

<sup>50</sup> Cfr. KNICKERBOCKER, Hubert Renfro, *The Siege of the Alcazar: a war-log of the Spanish Revolution*, Londres, 1937, p. 136.

<sup>51</sup> Se quedó con bastantes copias de estas labores de censura y con muchos negativos fotográficos tanto descartados como autorizados, dada su gran afición a la fotografía; todo lo cual puede constatararse en su archivo (Cifr. APMA).

<sup>52</sup> Hubert Renfro Knickerbocker (1898–1949), natural de Texas e hijo de un pastor protestante, se vinculó al periodismo desde muy joven y viajó a Munich para estudiar psiquiatría en 1923 donde dio a conocer el intento de *putsch* de Hitler. De 1925 a 1941 fue el corresponsal en Europa de la *International News Service* y cubrió las informaciones de Alemania -hasta 1933 en que fue expulsado-, la URSS -lo que afianzó su anticomunismo- y otros países; su libro premonitorio *Will War Come to Europe?* (1934) le daría mucha fama. Cubrió también la guerra de Abisinia antes de ir a España, donde se decantó por el bando sublevado escribiendo en la cadena de periódicos de William Randolm Hearst hasta que un malentendido tras el cruce de la frontera francesa durante la campaña del Norte le llevó a su expulsión, luego de permanecer arrestado y acusado de espionaje durante un día y medio en San Sebastián, algo que él siempre pensó, erróneamente, que fue culpa directa de Gonzalo de Aguilera.

<sup>53</sup> El hipercrítico e izquierdista investigador periodístico George Selde le estigmatizó como a un elemento claramente profranquista (Cfr. SELDES, Georges, *The facts are; a guide to falsehood and propaganda in the press and radio*, Nueva York, 1942).



“Vamos a matar a 50.000 en Madrid. Y vayan donde vayan en su huida Azaña, Largo Caballero y toda esa gente, los cogemos, y los mataremos hasta el último hombre aunque nos cueste años seguir su pista por el mundo [...] es una guerra de razas, no una mera guerra de clases. Usted no lo entiende porque no se da cuenta de que hay dos razas en España, una raza esclava y una raza dominante. Esos rojos, del presidente Azaña a los anarquistas, son todos esclavos. Nuestro deber es volver a ponerlos en su sitio... sí, ponerles cadenas otra vez [...] Tenemos que destruir esa tanda de escuelas rojas que la llamada República estableció para enseñar a los esclavos a rebelarse. A las masas les basta con saber leer lo justo para entender las órdenes. Tenemos que restaurar la autoridad de la Iglesia. Los esclavos la necesitan para que les enseñen a comportarse [...] Es deplorable que las mujeres voten. Nadie debería votar y menos aún las mujeres”.

Esta narración incorporaba ya la mayor parte de los ítems que constituyeron el grueso teórico de sus delirantes monólogos y que van a reproducir también, si bien años más tarde, todos los demás corresponsales que hacen hincapié y hurgan con saña en esta faceta tan imposible de digerir. Aparecen aquí presentes, en estas frases, todas y cada una de sus obsesiones permanentes: la exaltación de la violencia cainita, el desprecio por la vida, las consideraciones racistas, el autoritarismo antidemocrático y la feroz misoginia -faltan tan sólo los ramalazos de antisemitismo-, que le han convertido en el prototipo caricaturesco del militar franquista energúmeno, reaccionario e ignorante lo que encajaba como anillo al dedo con el molde previo que ya tenía en mente otro periodista americano, John Whitaker<sup>54</sup>, para caracterizar a este icono propagandístico y cuya fuente de inspiración histórica más cercana procedía del estereotipo del oficial sureño de la Guerra de Secesión “irresponsable, arrogante, vano, ignorante, holgazán e incompetente”<sup>55</sup>. La animadversión de Whitaker hacia el conde era también mutua puesto que tenía más que sospechas -había recibido un informe del servicio de inteligencia- sobre sus inclinaciones prorrepúblicas y la labor de propaganda que estaba llevando a cabo; por eso, cuando Whitaker empezó a visitar el frente al margen de los grupos establecidos, Gonzalo le amenazó en su habitación del hotel con matarle (“La próxima vez que vaya al frente sin escolta, le mataremos. Diremos que fue víctima de una acción enemiga. Usted ya me entiende”). La habilidad periodística de Whitaker junto a su formidable memoria le permitieron reconstruir pormenorizadamente, tras su huida a mediados de 1937, uno de aquellos discursos que daba

<sup>54</sup> John Thompson Whitaker (1906-1946), fue uno de los más destacados periodistas y corresponsales norteamericanos de la primera mitad del siglo XX. Comenzó su carrera en su ciudad natal como reportero en el *Chattanooga News*, luego pasó al *New York Herald Tribune*, en donde trabajó como corresponsal en Ginebra, en la sede de la Sociedad de Naciones hasta 1935. Siguió la invasión de Abisinia, siendo condecorado por ello por Mussolini y de allí marchó a España, donde realizó sus más conocidos reportajes y entrevistas como la que consiguió de Yagüe tras la toma sangrienta de Badajoz o la de El-Missian, el general de origen rifeño en Toledo. Dejó España en 1937 por el temor a ser fusilado y volvió a Italia en 1939 permaneciendo allí hasta su expulsión por el régimen fascista.

<sup>55</sup> Curiosamente, estos términos “irresponsable, arrogant, vain, ignorant, shiftless and incompetent” los saca el periodista de la revista *Life*, poco partidaria de la izquierda y los usó este magazine para referirse a las clases dirigentes -“ruling class”- y a los mejores elementos -“best elements”- de la España nacional (WHITAKER, John, *op. cit.*, Nueva York, 1943, p. 107).

el conde cuando, al final de la jornada, bien en Vitoria o en Burgos, solía reunirse con todos los periodistas para tomar una copa en un ambiente distendido; se trata de las famosas palabras, reproducidas y resucitadas hasta la saciedad en todo tipo de compilaciones, antologías<sup>56</sup> y divulgaciones periodísticas<sup>57</sup> de las que se nutren principalmente los foros de Internet, en torno a las alcantarillas como método de control poblacional, las cuáles aún siguen resultando de una provocación hiriente:

“¿Sabe usted lo que falla en España? ¡El alcantarillado moderno! En épocas más saludables -quiero decir más saludables espiritualmente, ¿entiende?- la peste y la pestilencia acababan con las masas españolas. Las mantenía en proporciones adecuadas, ¿entiende? Ahora, con el tratamiento moderno de aguas residuales y cosas así, se multiplican demasiado rápido. Son como animales, ¿entiende? Y no puedes esperar de ellos que no se infecten con el virus del bolchevismo. Después de todo, las ratas y los piojos traen la peste. Ahora espero que entienda qué queremos decir con la regeneración de España [...] Aguilera se remojaba la garganta con otro vaso de coñac y retomaba el discurso ante los gestos y comentarios de aprobación de otros oficiales del ejército de Franco. ‘Es nuestro plan para exterminar a un tercio de la población masculina española, ¿entiende? Eso limpiará el campo y nos librará del proletariado. También es irrefutable desde el punto de vista económico. No volverá a haber desempleo en España, ¿entiende? Y haremos otros cambios. Por ejemplo, nos quieren timar con esa estupidez de la igualdad de las mujeres. Yo crío caballos y animales normalmente, ¿entiende? Lo sé todo sobre las mujeres. Se acabó la tontería de someter a un caballero a una acción judicial. Si una mujer le es infiel, que le pegue un tiro, como a un perro. Cualquier interferencia de un tribunal entre un hombre y una mujer es repugnante”<sup>58</sup>.

La imagen espeluznante de las alcantarillas se grabó a fuego, como era lógico, en todos los que la escucharon; Charles Foltz Jr.<sup>59</sup>, recogió también una versión muy similar, publicándola una decena de años después y la ayudante de Harold Cardozo, Frances Davis, también testimonió este discurso, que sitúa en una alocución a todos los corresponsales en Burgos; sospechosamente, casi con las mismas palabras calcadas una a una<sup>60</sup>. Ante tan extraña exacta coincidencia, bien podría

<sup>56</sup> Vid. por ejemplo, AGUADO, Saturnino *A Brief History of the War of Spain as written by the International War Correspondents that covered it*, <http://www2.uah.es/saguado/AmericanWarCorrespondentsinSpain.pdf>.

<sup>57</sup> Vid., entre estas últimas, la aparecida en *El Periódico de Extremadura*, el 17 de abril de 2011.

<sup>58</sup> WHITAKER, John Thompson, “Prelude to World War. A witness from Spain”, *Foreign Affairs*, 21, nº 1, octubre (1942), pp. 103-119.

<sup>59</sup> Charles Foltz Jr. (1910-2005), era a sus veintiséis años Jefe de la Oficina de la *United Press* en España durante la Guerra, tras haber trabajado previamente en el *Herald Tribune* de Nueva York. Su conocimiento de España y de lo español le hicieron volver a Madrid en 1939 con la *Associated Press* en donde pasó varios años hasta su expulsión por haber filtrado un reportaje sobre los campos burgaleses de prisioneros. Vid. FOLTZ, Charles, *The Masquerade in Spain. A Report Unmasking the Rules of Modern Spain*. Boston, 1948, pp.116 y ss.

<sup>60</sup> Cfr., FRANCES, Davis, *A Fearful Innocence*, Kent, Ohio, 1981, p. 158. Sobre su vida y actuación en la Guerra Civil, vid. HARTMAN, Laura H., *Say That We Saw Spain Die: British and American Women Writers and the Spanish Civil War*, Virginia, Tesis doctoral, 2008, pp. 30-37.

pensarse que se tratase de una campaña urdida por los periodistas que le odiaban por una u otra razón. Se podía hacer una larga lista con los que no le soportaban y que uniría, a los nombres ya anteriormente mencionados, los de Reynolds W. Packard<sup>61</sup>, Jean Marie Henri D'Hospital, Merry Bromberger, Hennessy o Georges L. Steer, por destacar sólo los más conocidos. Pero esta hipótesis, la de una falsificación acusatoria perfectamente tramada, no se sostiene lo más mínimo. En primer lugar, Gonzalo de Aguilera nunca negó la autoría de las frases en torno a las alcantarillas -como sí lo hizo más tarde con la cuestión del asesinato de los jornaleros-; ideas eugenésicas y racistas, más o menos parecidas y más o menos suavizadas, salpicarán las páginas de su libro *Cartas a un sobrino* que se autoeditó en Gibraltar en 1957<sup>62</sup> y, además, estas mismas palabras han sido testimoniadas también por aquéllos que no le considerarían jamás como a un enemigo y entre los que se encuentran el periodista -tory y converso al catolicismo- Arnold Lunn<sup>63</sup> o el voluntario británico Peter Kemp a quien algunos se empeñan aún en hacer aparecer como periodista y como entrevistador del conde, lo que no fue nunca<sup>64</sup>. Precisamente, este último, cuando intentaba unirse a las filas nacionales como voluntario carlista escuchó en Burgos el mismo discurso que luego llevaría a su libro *Mine Were of Trouble*:

“Tenía algunas ideas originales sobre las causas fundamentales de la guerra civil. La principal de ellas, si no recuerdo mal, era la introducción de las modernas medidas sanitarias; anteriormente a eso, la hez del pueblo había perecido gracias a varias útiles

<sup>61</sup> Reynolds W. Packard, nacido en Atlantic City en 1903, estudió español en Buenos Aires y allí se unió a la *United Press*. La oficina de prensa de la zona nacional se molestó por los artículos sobre las matanzas de Badajoz que aparecieron con su firma, aunque él no estuvo nunca presente en esta ciudad extremeña.

<sup>62</sup> Este pintoresco y proteico ensayo filosófico-histórico no hubiera obtenido jamás el *nihil obstat* en su momento, puesto que se trataba de un ataque directo y durísimo a la religión católica y a sus fundamentos, además de condenar sin ambages a Isabel la Católica -“virago” era uno de los términos más suaves que se le aplicaba- y a otras grandes figuras históricas intocables por entonces -Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, etc.-. Iba dirigido a socavar las creencias de su sobrino carnal, Abilio Barbero de Aguilera, que, pasados los años, se convertiría en catedrático de historia medieval y uno de los más importantes historiadores marxistas españoles de los años 70 y 80. Previamente, había escrito otro libro -*El átomo. Sus componentes, energía y medio*, Madrid, 1946- sobre la energía atómica y que fue uno de los pocos títulos sobre el tema publicados en la España de posguerra.

<sup>63</sup> Sir Arnold Henry M. Lunn (1888-1974) fue pionero del esquí, montañero famoso, viajero, escritor de éxito con su novela *The Harrovians* (1913) sobre las escuelas privadas británicas, periodista y muy conocido por su conversión al catolicismo a principios de los años 30. Vino a la Guerra Civil Española a sugerencia de Chamberlain para elaborar un libro que recogiera una visión opuesta a la que daban los prorrepúblicanos en Gran Bretaña; este título constituyó el libro de cabecera de los simpatizantes de Franco tanto en la Commonwealth como en los Estados Unidos; en él sostiene que Gonzalo era “no solo un soldado, sino un erudito” (LUNN, Arnold Henry M., *Spanish Rehearsal: An Eyewitness in Spain During the Civil War*, Nueva York, 1937).

<sup>64</sup> Su carnet como corresponsal del *Sunday Dispatch* fue sólo una añagaza para poder pasar la frontera francesa, un tipo de truco que también usaron bastantes miembros de las Brigadas Internacionales en el bando republicano.

enfermedades; entonces sobrevivía y, naturalmente, se crecía. Otra curiosa teoría era que los nacionalistas debieran haber fusilado a todos los limpiabotas. (El limpiabotas es parte tan integrante de la escena española como el vendedor de periódicos).

- Mi querido amigo -me explicó-, es algo perfectamente razonable. El individuo se agacha a los pies de uno en un café o en la calle, seguramente es comunista; por tanto ¿por qué no fusilarle y acabar con él de una vez? No hay necesidad de juicio; su culpabilidad inherente es su profesión”. Y todo esto lo sostiene alguien que le admiraba de forma sincera y que en la misma página, un poco antes, dejó escrito: “Don Gonzalo de Aguilera, conde de Alba de Yeltes, grande de España, era un viejo soldado de caballería de lo que creo se conoce como ‘vieja escuela’. Es decir, era amigo personal del rey Alfonso XIII, gran jugador de polo y magnífico deportista; hablaba inglés, francés y alemán a la perfección (me dijo que su madre era escocesa). A pesar de que viajaba mucho, no descuidaba sus propiedades y pasaba gran parte de su tiempo cuidando de sus fincas cerca de Guadalajara. Poseía gran cultura, profundos conocimientos de literatura, historia y ciencia. Sus no menores conocimientos de vituperación durante la guerra civil le ganaron el apodo de ‘capitán veneno’. A pesar de ser amigo leal, audaz crítico y estimulante compañero, algunas veces me he preguntado si sus cualidades realmente le capacitaban para la tarea de interpretar la causa nacionalista a extranjeros de importancia”<sup>65</sup>.

El escándalo que tales afirmaciones produjeron ha dejado en un segundo plano, más discreto, otro conjunto de sus convicciones, aunque no menos chocantes por su crudeza y darwinismo social. Por ejemplo, sus peculiares ideas raciales sobre los españoles aplicadas al pasado y llevadas hasta el presente y de las que se hicieron eco tanto el canadiense Pierre van Paasen<sup>66</sup> del *Toronto Daily Star*, como el americano Edmon Taylor<sup>67</sup> del *Chicago Tribune* quien pone lo siguiente en sus labios:

“La Guerra era un conflicto entre ideologías nórdicas y orientales; el elemento oriental, representado por los rojos, había entrado en España a través de los moros, que con el transcurso del tiempo se hicieron esclavos de los españoles del norte y engendraron el proletariado. Como el proletariado se había convertido al marxismo, una doctrina oriental que se encontraba en su sangre de todas formas, ahora estaban intentando conquistar España para Oriente y la insurrección era literalmente una segunda reconquista por parte de los cristianos del norte”.

Estas afirmaciones no dejan de ser menos chocante que las que le confió a Lunn en la Sierra de Gredos, en octubre de 1936:

“Los rojos siempre están despotricando sobre el analfabetismo en España, pero si pasan unos meses viviendo entre las montañas, quizá empiecen a entender que muchas veces los que no saben leer son más sabios que los que sí saben. La sabiduría no es lo mismo que la educación. Yo he tenido pastores en mis haciendas que saben muchísi-

<sup>65</sup> KEMP, Peter, *op. cit.*, Londres, 1957, p. 46.

<sup>66</sup> PAASEN, Pierre van, *Days of Our Years*, Nueva York, 1939.

<sup>67</sup> Cfr. TAYLOR, Edmond, “Assignment in Hell”, en HANIGHEN, Frank C. (ed.), *Nothing But Danger*, Nueva York, 1939, p. 61.

mo, quizás porque leen las estrellas y los campos y quizás porque no leen el periódico [...] Quijote es el tipo conquistador franco-normando, alto, rubio, de ojos azules y todo eso. Sancho Panza, por el contrario, es un robusto y fornido ibérico. No había problemas con los Sancho Panzas hasta que los rojos entraron en contacto con ellos, pero por supuesto nunca producirán líderes”<sup>68</sup>.

Con Whitaker, creyendo encontrarse ante un interlocutor a su altura intelectual, aún fue más lejos, explicándole toda su teoría, transida de un tan en boga entonces spenglerianismo, sobre la historia y decadencia de Occidente<sup>69</sup>:

“La gente en Gran Bretaña y América está empezando a hacerse comunista de la misma manera que lo hicieron los franceses. Está ese tal Baldwin en Inglaterra. Ni siquiera sabe que es rojo, pero los rojos lo tienen controlado. Y, por supuesto, ese tipo, Roosevelt, es un rojo tremendo. Pero la cosa se remonta más allá que Baldwin y Roosevelt. Empieza con los Enciclopedistas en Francia, las revoluciones americana y francesa. ¡La Edad de la Razón, en realidad! ¡Los Derechos del Hombre! ¿Es que un cerdo tiene derechos? Las masas no son aptas para razonar ni pensar. Después sigue con la liberal Manchester School en Inglaterra. Son los criminales que crearon el capitalismo. Deberíais limpiar vuestras propias casas. Si no, los españoles vamos a unirnos a los alemanes y los italianos para conquistarlos a todos. Los alemanes acaban de prometer que nos ayudarían a recuperar nuestras colonias americanas, las que vosotros y vuestro retorcido imperialismo protestante nos arrebató. Y vamos a tardar bien poco en actuar, ¿entendido?”

Aunque, puestos a sincerarse, Gonzalo tampoco tuvo empacho en decir abiertamente lo que pensaba sobre algunos de los personajes y principios fundamentales aparentemente intocables del bando en que estaba, sin que pareciera importarle ni poco ni mucho las consecuencias de sus palabras; a Peter Kemp le confesó:

“por el ideal del requeté<sup>70</sup> sentía divertido desprecio.

- Se llaman tradicionalistas -burlábase- ¿Cuál es esa tradición de la que siempre hablan? La Ley Sálica, importada de Francia por los reyes borbónicos, que no tiene lugar alguno en la ley ni la costumbre españolas.

Para la Iglesia, en realidad para la fe cristiana, no parecía tener tiempo alguno; sin embargo, no era nazi: ciertamente odiaba todos los ‘ismos’ y se burlaba de toda autoridad, excepto la de la nobleza hereditaria de España”<sup>71</sup>.

Dando por sentado que existía un total e íntimo convencimiento, por su parte, en todo cuanto dijo pública o privadamente, queda preguntarse, sin embargo, qué tanto de impostación exagerada añadió por su cuenta para “epatar” en un mayor

<sup>68</sup> Cfr. LUNN, Arnold Henry M., *op. cit.*, pp. 50 y ss.

<sup>69</sup> WHITAKER, John Thompson, *art. cit.*, p. 108; y *op. cit.*, pp. 108-110.

<sup>70</sup> Una de las explicaciones de su aversión al Carlismo, amén de su componente religioso fanático que tanto le repugnaba, podría ser la enemistad que mantuvo con su tío el erudito y coleccionista de arte marqués de Cerralbo quien fuera impulsor del Tradicionalismo en la época de entresiglos. Vid. NAVASCUÉS, Pilar, CONDE DE BEROLDINGEN, Cristina y JIMÉNEZ, Carmen, *El Marqués de Cerralbo*, Madrid, 1996.

<sup>71</sup> KEMP, Peter, *op. cit.*, pp. 47-48.

grado a su auditorio y qué de toda esta mentalidad, violenta e irracional hasta el extremo, trasciende a su persona y resulta, en realidad, un lugar común de la época y de la mentalidad colectiva del momento. Barbaridades semejantes fueron dichas por otros muchos y no sólo, como pudiera creerse, en el bando nacional.

Volviendo otra vez a los juicios que se vertieron sobre Gonzalo, resulta harto complicado establecer la línea divisoria entre sus partidarios y detractores. Así, Frederic Andrew Rice, enviado del *Morning Post* contaba con todos los presupuestos para haber sido bien acogido por de Aguilera; era profundamente conservador, al igual que su periódico, contaba con todas las bendiciones y recomendaciones personales del omnipotente Luis Bolín y había escrito un artículo donde elogiaba al conde de una forma evidente, aunque no mencionase su nombre -le llamaba ‘un capitán español’-, en estos términos: “tremendamente eficiente, increíblemente enérgico, un buen hombre que uno se imagina en una situación difícil. Lo veo como prefecto en Stonyhurst, enormemente respetado y no muy popular”; y, sin embargo, de Aguilera creyó advertir en sus palabras un retintín molesto y le cogió tal ojeriza que aprovechó los indicios de ciertos términos confusos en una crónica sobre la toma de Irún para detenerle e interrogarle el 11 de septiembre de 1936, llegando a proponer su expulsión. También sería expulsado en los primeros meses el ultracatólico y legitimista Pierre Dumas de *La Petite Gironde*, acusado de simpatizante separatista y aunque la orden vino dada directamente por “el jefe de las falanges navarras”, llevaba también estampado su visto bueno. A pesar de todo a Whitaker le admiró siempre y conservó de manera destacada entre sus recuerdos una carta suya<sup>72</sup>. Por otra parte, contribuyó también en buena medida a la temprana expulsión de Sefton -“Tom”- Delmer<sup>73</sup> en septiembre de 1936, por un reportaje aparecido en el *Daily Express* sobre la incursión de un solo aparato aéreo gubernamental en el cielo de Burgos y la ineficacia grotesca de la artillería antiaérea nacional. Delmer, le caía muy bien en lo personal y viceversa; de hecho, y a pesar de su expulsión, Sefton Delmer le seguiría llamando amistosamente “Dear Aggy” en sus cartas, que también conservó como un tesoro, especialmente una, fechada el 8 de marzo de 1937, en la que “Tom”, que iba camino de Finlandia, le escribe desde Estocolmo contando su estancia en el Madrid sitiado y relatando, humorísticamente, sus encuentros con el ministro republicano Álvarez del Vayo y con la peculiarísima Constanza de la Mora<sup>74</sup>. Y conservó las misivas de otros a los que consideró siempre entre sus incondicionales más decididos como Russell Palmer, Edward H. Knobleugh y, por supuesto, Harold Cardozo, sin duda, con quien más se

<sup>72</sup> Cfr. APMA.

<sup>73</sup> Denis Sefton - “Tom” Delmer (1904-1979). Nació y se educó en Berlín, dominando el alemán, lo que le permitió un gran acercamiento a los líderes nacional-socialistas, llegando a ser de los primeros que entrevistaron a Hitler, lo que le hizo aparecer como filonazi si bien fue un ferviente demócrata y durante la IIª Guerra Mundial colaboró en labores de inteligencia, dirigiendo una red de emisoras de contrapropaganda en alemán. Desarrolló casi toda su carrera periodística en el *Daily Express* hasta su jubilación.

<sup>74</sup> Cfr. APMA.

identificó. En el caso del cineasta americano Palmer<sup>75</sup>, su única carta lleva el matasellos de Bad Ems en Alemania, y está fechada el 8 de agosto de 1937; en ella, básicamente, le da las gracias por todas las facilidades que ha tenido por su intermediación para echar a andar su proyectada película en color -que le llevaría más de dos años de rodaje- y le ofrece, a su vez, todo el apoyo incondicional a favor de los nacionales y de él mismo en los Estados Unidos. Edward H. Knoblauch<sup>76</sup>, otro famoso periodista norteamericano hoy en el olvido más injusto, le escribe el 18 de agosto de 1937, precisamente poco después de haber sido expulsado del bando republicano y tras volver de una gira que le había llevado por el África Oriental, Palestina e Irak; le trata de “Dear Alba” e intercede para que no se cometa -especialmente con Knickerbocker- la misma torpeza que habían hecho con él los republicanos al expulsarle. En cuanto a las cartas de Harold Cardozo<sup>77</sup>, fueron sin duda las más numerosas en número y las más espaciadas en el tiempo, aunque no aporten información de peso alguno a lo que ya sabemos, tanto sobre el periodista como sobre nuestro personaje, salvo ratificar la amistad que los mantuvo unidos durante bastantes años. Aunque, obviamente, éstos no fueron los únicos partidarios y simpatizantes con los que contó Gonzalo entre los periodistas. Corresponsales, fotógrafos y cineastas alemanes e italianos le consideraron siempre entre los suyos, tanto por la evidente afinidad ideológica como por la cercanía cultural y personal. Por otra parte, los periodistas del Eje apenas le plantearon problema logístico o de seguimiento alguno puesto que desde el mes de octubre de 1936, el gobierno de Burgos había autorizado la libre circulación de la prensa portuguesa, italiana y alemana en los territorios conquistados y permitió que todos los

<sup>75</sup> Russell Palmer fue presidente de *Peninsular News Service*, un grupo mediático profranquista y católico en los EEUU (editaban, entre otras las revistas *Spain* y *Cara al Sol*), reportero y escritor (aún permanecen inéditas sus memorias *They died standing*) y, sobre todo, director de cine de cinco películas de propaganda que se hicieron en color para ser exhibidas entre los círculos de empresarios y partidarios de los nacionales. Fue herido durante el rodaje por un accidente que tuvo al chocar con una ambulancia y aunque se recuperó lo suficiente como para incorporar su voz al montaje, acabaría muriendo en agosto de 1940. Vid. MORENO CANTANO, Antonio César, “Proyección propagandística de la España franquista en Norteamérica (1936-1945)”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 9 (2009), <http://hispanianova.rediris.es>.

<sup>76</sup> Edward H. Knoblauch (1904-1973), vino a España como corresponsal de la Associated Press en 1933, después de haber aprendido español durante dos años en Cuba; llegó a conocer a toda la clase política española de entonces desde Azaña a José Antonio Primo de Rivera y mantuvo con ellos entrevistas de alto nivel. La Guerra le sorprendió en Madrid y allí estuvo hasta que fue expulsado, con amenazas, a principios de 1937, dejando de su paso un libro muy interesante y nada complaciente con el bando republicano. Vid. KNOBLAUGH, Edward H., *Correspondent in Spain*, Londres y Nueva York, 1937.

<sup>77</sup> Harold G. Cardozo (1888-1961), era un veterano corresponsal de guerra con experiencia previa en otros conflictos y en la Gran Guerra; figura destacada del *Daily Mail* de Londres, se definió siempre como simpatizante franquista sin ambages -solía llevar camisa azul- aunque sus crónicas no dejan por ello de ser bastante exactas y veraces; recorrió todos los frentes de los dos primeros años de la contienda (Extremadura, Madrid, Toledo, la Campaña del Norte...) y dejó escrito uno de los libros más importantes sobre el tema: *The March of a Nation, My Year of Spains Civil War*, Londres, 1937. El rotativo para el que trabajaba, el *Daily Mail*, era uno de los más populares en el Reino Unido, propiedad de lord Rothermere, cercano al líder fascista sir Oswald Mosley.

periodistas de estas nacionalidades pudieran mandar sus crónicas sin la intervención de la censura oficial. Al margen de las facilidades institucionales que siempre recibieron las agencias de noticias alemanas como la DNB (*Deutsches Nachrichtenbüro*), la del doctor Johannsen de Hamburgo que suministraba material informativo a la embajada y al partido, la oficina de turismo de los ferrocarriles alemanes y la agencia *Transocean* de Hans Lazar que acabaría siendo el agregado de prensa alemán en 1938, él estableció relaciones personales muy estrechas con el ya mencionado Roland von Strunk, con H.G. von Studnitz<sup>78</sup>, Hermann Fiddikow, Erich Jenke y Johan Heinrich von der Beike, entre otros. Por lo que respecta a los italianos, llegados todos bajo el paraguas de la *Ufficio Spagna* que contaba con su propia oficina de prensa y propaganda (USP), en Salamanca, dirigida primero por Danzi y luego por Carlo Bossi a partir de julio de 1937, tampoco tuvieron problemas con él. Conoció y trató a Ricardo Andreotti, Drago Furio, Tomé Luigi, Ettore Villani, Renato Ciencaleoni y fue muy amigo del ya mencionado Sandro Sandri que logró salvar la vida de un periodista francés; por cierto que dos periodistas norteamericanos fueron salvados del pelotón de fusilamiento gracias a la intermediación del conde de Alba de Yeltes y así lo hicieron constar tanto Alex Small<sup>79</sup> como Webb Miller<sup>80</sup>.

Conoció y trató a todo tipo de nacionalidades incluyendo holandeses, australianos, yugoslavos, irlandeses, chilenos como Carlos Vela Monsalve<sup>81</sup>, daneses como Hans Ebbe Munck<sup>82</sup> y hasta a dos suizos -Marcel Heimer y Armand Theroz- que acabaron ingresando en la Legión<sup>83</sup>, si bien los dos grupos con los que mantuvo una mayor afinidad, sin duda, fueron el de los periodistas británicos y americanos de tendencias filofranquistas y el de los franco-belgas ultraderechistas y legitimistas, bastante más numeroso que aquél. Habrá también otro núcleo al que se sintió muy unido y al que dio todo tipo de facilidades y las mayores atenciones que pudo, puesto que se trataba de su querido mundo de la radiodifusión, ya fueran los técnicos o alguno de los locutores americanos más conocidos del momento como, Hans von Kaltenborn y Floyd Gibbons.

<sup>78</sup> H.G. von Studnitz, fue uno de los fotógrafos de la batalla de Guadalajara. Periodista de *der Adler* en la IIª G. Mundial -la revista oficial de la *Lutwaffe*-, prosiguió luego una exitosa carrera como historiador y analista político tras la guerra.

<sup>79</sup> Alex Small resultó arrestado en Irún a finales de noviembre de 1936; El mando nacional le acusó de derrotista y amenazó con fusilarle por un artículo; se salvó por las protestas de otros colegas. Curiosamente tenía fama de “cenizo” entre los compañeros que evitaban trabajar con él puesto que, se decía, que atraía las desgracias, especialmente las bombas.

<sup>80</sup> Webb Miller (1891– 1940), fue rescatado por de Aguilera cuando estaba a punto de ser fusilado en Torrijos (Toledo) debido a una confusión que le hacía participe de un atentado contra Mola. Murió en Londres en un extraño accidente en el metro.

<sup>81</sup> Vid. VELA MONSALVE, Carlos, *España después del 18 de julio*, Santiago de Chile, 1937.

<sup>82</sup> Hans Ebbe Munck (1905-1974) periodista danés y diplomático; autodefinido como anticomunista liberal.

<sup>83</sup> Cfr. Archivo del Tercio Gran Capitán 1º de la Legión, Viator -Almería-. Información facilitada por el caballero legionario subteniente Luis Márquez Torres, a quien se lo agradecemos.





**Figura 3.**

Bromeando con el locutor de la CBS H.V. Kaltenborn al que colocó un casco en medio de voluntarios falangistas. Ávila, 1936 (APMA).

En la relación con el primero de estos colectivos, el de los angloparlantes, pesarán además sus vivencias, sus propios gustos personales y su origen materno que él se encargó de airear y adornar convenientemente; de sus difíciles y conflictivos años escolares en Inglaterra sólo se quedará con el hecho de la más que hipotética pertenencia a ese selecto grupo de anglo-hispanos unidos por la camaradería colegial y por lazos de parentesco, circunstancias éstas que resucitarán poderosos lazos de solidaridad y apoyo con motivo de la Guerra Civil<sup>84</sup>. A los nombres de Cardozo y de Lunn, hay que unir otros muchos como los corresponsales del *Daily Times* Paul Bewsher<sup>85</sup> y, William Robert Turner, Gerald Cook, el exmilitar Geoffrey McNeill Moss<sup>86</sup> y el americano W.T. Stuttard con quien seguiría viéndose en Madrid en los años cincuenta. En cuanto a los profesionales francófonos de la información, muchos eran aristócratas e intelectuales reconocidos o en ciernes, lo cual añadía un atractivo más para que Gonzalo de Aguilera los tuviera siempre muy presentes; la lista de sus nombres resulta verdaderamente significativa y larga; comprende a Camille Ferri Pisani, Raymond Lacoste, el belga rexista, Charles D'Ydewalle<sup>87</sup>, Nicolas André, los periodistas de *La Petite Gironde*, los vinculados

<sup>84</sup> Vid. sobre este tema BUCHANAN, Tom, *The Impact of the Spanish Civil War on Britain: War, Loss and Memory*, Eastbourne, 2007; también KEENE, Judith, "Relatos ingleses sobre la España de Franco", *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, Barcelona, 2002, pp. 75-145.

<sup>85</sup> 1894-1966, poeta. Fue corresponsal en la Segunda Guerra Mundial.

<sup>86</sup> Geoffrey McNeill Moss (1885-1954). Era comandante retirado, católico y profranquista convencido. Autor de uno de los libros más citados sobre el sitio del Alcázar de Toledo: *The Siege of the Alcazar: A History of the Siege of the Toledo Alcazar 1936*, Nueva York, 1937.

<sup>87</sup> Periodista belga católico, vinculado a ediciones Rex; sin embargo, sería arrestado en España en 1941 e internado en la Cárcel Modelo de Barcelona y el Campo de Miranda de Ebro cuando se dirigía a Lisboa para unirse a la resistencia belga en Londres.

al fascista De Doriot, el excéntrico pensador Bertrand de Jouvenel<sup>88</sup>, con quien el conde guarda cierta similitud de carácter, los corresponsales de *L'Intransigeant*, el escritor cinematográfico de ciencia ficción -uno de los sus géneros literarios populares predilecto, junto con las novelas policíacas<sup>89</sup>- George Langelann<sup>90</sup>, Armand Magescas<sup>91</sup>, Georges Bernard, el tándem formado por René Brut<sup>92</sup> y Jean D'Esme<sup>93</sup> y el excéntrico vizconde de Poncins<sup>94</sup> un personaje que le atraería como pocos por su radicalidad y su rareza al igual que le sucedió con la condesa de Kinoull<sup>95</sup> que añadía a todas estas “cualidades”, por llamarlas de alguna forma, su belleza, una fortuna inmensa y una libertad de actuación que muy poco tenía que

<sup>88</sup> Bertrand De Jouvenel des Ursins (1903-1987). De origen nobiliario, barón de Jouvenel e hijastro de la escritora Colette con la que tendría un romance muy sonado en 1920. En los años treinta estuvo muy cercano al fascismo tanto política como estéticamente, entrando en el partido de Jacques Doriot. Curiosamente, fue el primer marido -la boda se celebró en 1931- de Martha Gellhorn, periodista norteamericana del *New York Times*, que acabaría casándose después con Hemingway y que vino a la Guerra Civil Española apoyando al bando republicano. Tras la ocupación nazi de Francia, renegaría de sus anteriores ideas decantándose por una ideología liberal y católica que plasmó en varios libros.

<sup>89</sup> Cfr. APMA.

<sup>90</sup> George Langelann (1908-1972), de origen francés, aunque escribía indistintamente en inglés o francés, vino a España en sus primeros tiempos de reportero y antes de hacerse famoso como escritor de ciencia-ficción con su relato *La Mosca*, llevado luego al cine.

<sup>91</sup> Armand Magescas, alcalde de Guéthary, era legitimista y corresponsal del *ABC* en esa zona francesa. Su ideología le llevó a colaborar con los carlistas desterrados en Hendaya después de 1931. Fue amigo personal de Ansaldo. Tras la Guerra, formó parte del círculo privado de D. Juan, siendo uno de los que puso en circulación un sello clandestino del mismo durante la posguerra.

<sup>92</sup> René Brut junto con Jean D'Esme, filmó los cadáveres de las matanzas de Badajoz el 17 de agosto de 1936 siendo arrestado en el hotel “Sevilla” el 5 de septiembre y encarcelado. Bolín le amenazó con matarle y se salvó porque la compañía *Pathé* envió una copia amañada al cuartel general de Franco. Sin embargo hay otros historiadores -Antonio Manuel Barragán-Lancharro y Moisés Domínguez Núñez- que difieren de esta versión y hablan de que tanto a Brut como a D'Esme y Leon Ferrandez, redactor del *Eclair Journal* se les trató con gran deferencia por parte de los servicios de prensa nacionales y que ambos hicieron la ruta de Sevilla a Burgos el 30 y 31 de agosto de 1936 en un coche alquilado con un banderín de Falange Española, escoltado por ocho falangistas. En este trayecto pararon en Cáceres y en el patio del Palacio de los Golfines pudieron entrevistar a Franco con la presencia de Bolín según los testimonios gráficos recuperados recientemente.

<sup>93</sup> Jean d'Esme, era el seudónimo del vizconde Jean Marie Henri d'Esmenard (1894-1966). Fue un colonialista convencido toda su vida. Debido a sus filmaciones en zonas no autorizadas, fue detenido por los servicios franquistas, a pesar de las claras simpatías personales que sentía hacia los sublevados y su causa.

<sup>94</sup> Léon de Poncins (1897-1976), considerado el padre del término ‘contubernio judeomasónico’ que tendría luego un largo uso propagandístico; fue periodista y escritor católico francés obsesionado por la masonería, las sociedades secretas y el presunto poder de los lobbies judíos.

<sup>95</sup> Su nombre completo era Emile Claude Marguerite Hamilton Fellowes (1904-1985), nació dentro de una familia muy rica con intereses en la compañía tabaquera *Players Cigarettes Company*. Se educó en Francia y en 1923 se casó con el noble escocés George Harley Hay-Drummond (1902-1938), 14º conde de Kinoull de quien heredó el título; se hizo católica en 1928 y acabó siendo seguidora de Lefebvre, muriendo en uno de sus conventos femeninos en los Estados Unidos. Su fe le llevó a participar personal y económicamente con *The Catholic Herald* y a ser una firme partidaria de Franco.

ver con lo que era común en la mujer española de entonces. Precisamente, nuestro oficial de prensa experimentaba hacia estas pocas mujeres extranjeras, liberadas y modernas, que acudieron al bando de Franco, un sentimiento ambivalente de atracción/repulsión del que nos ha dejado pleno testimonio Cowles cuando al relatar el viaje que hizo con él desde Asturias a León incluyó el contradictorio flirteo del que fue objeto y que incluía estas frases: “Nunca ves chicas guapas. Ninguna chica que no tenga cara de perro puede darse una vuelta con un camión italiano [...] Sólo hay una cosa que odie más que a un rojo, profirió, ‘¿Qué’, ‘¡A una periodista de consultorio sentimental!’”<sup>96</sup>. Mucho más galante tuvo que mostrarse, obligatoriamente, con la condesa de Kinnoull o con la escritora belga madame de Moor y, desde luego, tampoco actuó así de directo u ofensivo con la colaboradora de Cardozo, la inteligente y hábil -pasó artículos de su jefe y de John Elliott ocultos en su ropa interior- Frances Davis, a pesar de que la voluntariosa periodista americana criada en una granja-comuna de Massachussets y que acabó perdiendo la voz y la salud en nuestro país conservara horrorizada, aún mucho tiempo después, el recuerdo de la mirada taladrante del conde con la que creía podía, incluso, adivinar sus pensamientos más ocultos<sup>97</sup>. Sus actitudes con respecto a la mujer, compartidas también por muchos de sus más encarnizados enemigos, como por ejemplo Arthur Koestler<sup>98</sup>, no debieran ser jamás extrapoladas fuera de la época y del ambiente en que se produjeron, no tanto porque tengan justificación alguna sino porque quizás sólo así se expliquen y encuadren mucho mejor, en un ejercicio que debería extenderse también a todos y a cada uno de los demás aspectos que componen su compleja y retorcida personalidad tan alejada, se mire como se mire, de la del resto de la élite ideológica del franquismo, de sus compañeros de armas, de los otros oficiales de prensa, de sus correligionarios del estamento nobiliario y hasta de su propia familia en la que nunca llegó a integrarse plenamente impelido por el mismo feroz individualismo e hipercriticismo que le caracterizaron siempre y que hicieron de él un “verso suelto”, entre diabólico y estrambótico y entre exquisito y ridículo.

## Conclusión

En las investigaciones publicadas en torno a la comunicación periodística durante la Guerra Civil, existe un predominio abrumador de las que se dedican, en exclusiva, al bando republicano. Se suele considerar a éste, de forma indiscutida, como el vencedor último de la batalla por la información. Sin embargo, el modelo seguido en el bando franquista, en cuanto al control de las noticias y al de los informadores, resultaría de gran eficacia y, aunque no influyese en la opinión pública extranjera en

<sup>96</sup> COWLES, Virginia, *op. cit.*, p. 90.

<sup>97</sup> DAVIS, Francis, *op. cit.*, pp. 158-159.

<sup>98</sup> Vid. SCAMMELL, Michael, *Koestler. The literary and political odyssey of a Twentieth Century skeptic*, Nueva York, 2011.

la misma medida que lo hizo la propaganda prerrepública, sí que conformó muchas de las actuaciones y decisiones de los gobernantes y de las minorías influyentes de estos mismos países, así como la de los grupos simpatizantes con los sublevados que irían creciendo a medida que se prolongaba la Guerra y se veía como posible el triunfo final de los nacionales. En el entramado que fue gestando el gobierno de Burgos en torno a este asunto, los oficiales de prensa desempeñaron, desde un primer momento, un papel fundamental, al encargarse de hacer cumplir a rajatabla las consignas emanadas desde los distintos poderes y de vigilar estrechamente a cada uno de los corresponsales que, teóricamente, sólo pudieron ofrecer las versiones autorizadas por la superioridad. El grado de autonomía, en cuanto a la actuación individual de los O.P., fue mínimo, al encontrarse sujetos a una reglamentación muy pormenorizada y haber sido encuadrados dentro de una rígida estructura jerárquica que copiaba, en buena medida, a la organización militar de la que procedía el cargo en su origen y que mantendría siempre un componente paramilitar. De entre todos los oficiales de prensa que hubo, Gonzalo de Aguilera Munro, acabaría siendo el más mediático y el más citado a pesar de que, paradójicamente, no pueda considerarse como el prototipo de los O.P. ni en cuanto a su ideología -anticatólico, erudito, cosmopolita, hipercrítico...-, ni en cuanto a su peculiar historia personal que le llevaría a un alejamiento paulatino del Régimen. Sin embargo, su presencia en buena parte de los escenarios bélicos y, sobre todo, su contacto con la mayoría de los periodistas foráneos que cubrieron la Guerra desde el lado nacional, le convierten en todo un referente de lo que fueron los O.P., de la naturaleza de su trabajo y de las relaciones recíprocas que se establecieron entre ellos y los corresponsales. A través de las citas de sus explosivas palabras y de las muchas opiniones vertidas sobre su persona, podemos hacernos una idea bastante exacta tanto del impacto que causó entre los enviados extranjeros -ya fueran hostiles, partidarios o indiferentes a Franco- su propia figura identificada, en mayor o menor grado, con la España a la que servía, así como de los clichés, prejuicios y la distinta profundidad de interpretación que los corresponsales mantuvieron sobre la contienda y los españoles.

Obviamente, esto es sólo una primera aproximación al tema y será necesario completarla en un futuro estudiando toda la documentación generada por los restantes oficiales de prensa y analizando sus trayectorias vitales, única forma de cuantificar y de llegar a conocer en profundidad su trascendencia como colectivo en lo que sería el posterior estado franquista, a fin de establecer las comparaciones pertinentes con otros estamentos similares por su especificidad e influencia como lo fueron los alféreces provisionales, los propagandistas católicos, etc.